TRES TRATADOS

PARACELSO

INDICE

CATECISMO ALQUIMICO

CATECISMO ALQUIMICO

CAPITULO 1

La Naturaleza

PREGUNTA (P): ¿Cuál es el principal objeto de estudio de un Filósofo?
RESPUESTA (R): Es la investigación de las operaciones de la Naturaleza.
P: ¿Cuál es el fin o extremo último de la Naturaleza?
R: Dios, quien es también su Principio o Comienzo.
P: ¿De dónde se derivan todas las cosas?
R: De la Naturaleza, una e indivisible.
P: ¿En cuántas regiones se separa la Naturaleza?
R: En cuatro regiones relevantes: lo seco, lo húmedo, lo cálido, lo frío, que son las cuatro cualidades elementales, de las que se originan todas las cosas.
P: ¿Cómo se Diferencia la Naturaleza?
R: En macho y hembra.
P: ¿A qué podemos comparar a la Naturaleza?
R: A Mercurio.
P: Dad una definición concisa de la Naturaleza.
R: No es visible, aún cuando opera visiblemente; es simplemente un espíritu volátil, completando su trabajo en el cuerpo, y animado por el espíritu universal: el aliento divino, el fuego central y universal, que vivifica todas las cosas que existen.

CAPITULO II

Requisitos y método de la filosofía

P: ¿Cuáles serían las cualidades que deben poseer los estudiosos de la Naturaleza?
R: Deberían ser como es la Naturaleza. Es decir, sinceros, simples, pacientes y perseverantes.
P: ¿Qué cuestiones deberían atraer su atención, por consiguiente?
R: Los filósofos deberían considerar muy cuidadosamente si sus designios están en armonía *(harmonium)* con la Naturaleza, de una forma posible y atendible; si ellos podrían realizar por su propio poder cualquier cosa que es usualmente realizada por el poder de la Naturaleza, ya que ellos deben imitarla en cada uno de los detalles.
P: ¿Qué método debe ser seguido para producir algo que deberá ser desarrollado a un grado superior al que la Naturaleza misma lo desarrolló?
R: La manera de este mejoramiento debe ser estudiada, y esto es operado invariablemente por medios de una naturaleza similar. Por ejemplo, si se desea desarrollar la virtud intrínseca de un metal dado según su condición natural, el químico se debe proveer de una naturaleza metálica, y debe ser capaz de discriminar entre las diferenciaciones masculinas y femeninas.

CAPITULO III

La Quintaesencia

P: ¿Dónde almacena sus semillas la naturaleza metálica?
R: En los cuatro elementos.

P: ¿Con qué materiales puede el filósofo solo realizar cualquier cosa?
R: Con el germen de una materia dada: este es el elixir o quintaesencia, más precioso y mucho más útil, al artista, que la Naturaleza misma. Antes que el filósofo haya extraído la semilla, o germen, la Naturaleza, en su propio interés, estará dispuesta a pagar su deuda.
P: ¿Cuál es el germen o semilla de cualquier sustancia?
R: Es la más sutil y perfecta decocción y digestión de la sustancia misma: o mejor, es el Bálsamo de Sulfuro, que es idéntico con la Humedad Radical de los Metales.
P: ¿Qué es lo que engendra esta semilla o germen?
R: Es engendrado por los cuatro elementos, sujetos a la yoluntad del Ser Supremo y a través de la directa intervención de la imaginación de la Naturaleza.
P: ¿De qué modo operan los cuatro elementos?
R: Por medio de un movimiento incesante y uniforme, cada uno de acuerdo a su cualidad, depositando su semilla en el centro de la tierra, donde es sometida a acción y digerida, y subsecuentemente expelida hacia una dirección externa por las leyes de movimiento.
P: ¿Qué es lo que los filósofos entienden por el centro de la tierra?
R: Un cierto vacío ubicado donde nada puede reposar, y cuya existencia es supuesta.
P: ¿Dónde, entonces, los cuatro elementos expelen y depositan sus semillas?
R: En el ex-centro (área excéntrica) o en el margen de la circunferencia del centro, el que, luego que se ha apropiado de una porción, expulsa el remanente en la región de escremento, escoria, fuego y caos informe.
P: Ilustrad lo dicho por medio de un ejemplo.
R: Tomad cualquier mesa nivelada, y colocad en su centro un vaso lleno con agua; rodead el vaso con varias cosas de colores variados, especialmente sal, teniendo cuidado que una distancia apropiada intervenga entre todos ellos. Luego derramad el agua del vaso, y éste fluirá en arroyuelos aquí y allí; uno encontrará una sustancia de color rojo, y asumirá el tinte rojo; otro pasará sobre la sal, y tomará un gusto salino; pero lo que es cierto es que el agua no modifica los lugares que atraviesa, sino que las diversas características de los lugares modifica la naturaleza del agua. Del mismo modo la semilla que es depositada por los cuatro elementos en el centro de la tierra es sometida a una variedad de modificaciones en los lugares que atraviesa, de modo que cada sustancia existente es producida en semejanza a su canal, y cuando una semilla en su punto de llegada encuentra tierra pura y agua pura, resulta una sustancia pura, pero lo contrario en el caso opuesto.
P: ¿De qué modo los elementos procrean esta semilla?
R: Para una completa elucidación de este punto, se debe observar que hay dos elementos densos y pesados y dos que son volátiles en carácter. Dos, del mismo modo, son secos y dos son húmedos, uno de los cuatro excesivamente seco y uno de los cuatro excesivamente húmedo. Son también masculino y femenino. Ahora, cada uno de ellos tiene una marcada tendencia a reproducir su propia especie en su propia esfera. Más aún, nunca están en reposo, sino que interactúan perpetuamente, y cada uno separa, fuera y por sí mismo, la parte más sutil. Su lugar general de encuentro es en el centro, aún en el centro de *Archeus*, ese sirviente de la Naturaleza, donde yendo a mezclar sus varias semillas, ellos se agitan y finalmente las expelen hacia el exterior.

CAPITULO IV

De los planetas y los metales.
Cosmología alquímica

P: ¿Cuál es la verdadera materia prima de todos los metales?
R: La materia prima, propiamente dicha, es dual en su esencia o es en sí misma de una

naturaleza doble; una, de ningún modo, puede crear un metal sin el concurso de la otra. La primera y más destacada esencia es una humedad aérea, añejada con un aire cálido, en la forma de un agua espesa, que se adhiere a toda sustancia indiscriminadamente, sea pura o impura.

P: ¿Cómo ha sido llamada esta humedad por los Filósofos?

R: Mercurio.

P: ¿Por quién es gobernada?

R: Por los rayos del Sol y la Luna.

P: ¿Cuál es la segunda materia?

R: El calor de la tierra; dicho de otro modo, es el calor seco que es llamado Sulfuro por los Filósofos.

P: ¿Puede el entero cuerpo material ser convertido en semilla?

R: Solamente su 1/800 parte; esto es, la que es segregada en el centro del cuerpo en cuestión, y que puede ser visto, por ejemplo, en un grano de maíz.

P: ¿Qué utilidad tiene el bulto de la materia en relación a la semilla?

R: Es útil para salvaguardarla contra el excesivo calor, frío, humedad o aridez y, en general, de toda inclemencia dañina, contra lo que el bulto de la materia actúa como un recipiente.

P: ¿Podrían aquellos artistas que pretenden reducir la totalidad de la materia de cualquier cuerpo en semilla, obtener cualquier ventaja del proceso, suponiendo que ello fuera posible de hacer?

R: No; por el contrario, su labor sería totalmente improductiva porque nada que es bueno puede ser llevado a cabo por medio de una desviación de los métodos naturales.

P: ¿Qué se debería hacer entonces?

R: La materia debe ser eficientemente separada de sus impurezas, pues no hay metal, sea cual fuera su grado de pureza, que este totalmente libre de imperfecciones, aunque éstas varíen en grado. Todo lo superfluo, cortezas y escorias deben ser extraídas y purgadas de la materia a los efectos de descubrir su semilla.

P: ¿Qué debería recibir la más dedicada atención del Filósofo?

R: Seguramente, el extremo último de la Naturaleza, o su fin, y esto de ningún medio debe ser buscado en los metales vulgares, ya que, al estar ya trabajados o extraídos de la mano del forjador, no puede ser encontrado allí.

P: ¿Cuál es precisamente la razón?

R: Porque los metales vulgares, y principalmente el oro, están absolutamente muertos mientras que los nuestros, por el contrario, son absolutamente vivientes, y poseen alma.

P: ¿Cuál es la vida de los metales?

R: No es otra sustancia que Fuego, cuando están todavía alojados en la mina.

P: ¿Cuál es su muerte?

R: Su vida y muerte son en realidad un principio, pues ellos mueren, como viven, por el fuego, pero su muerte es de un fuego de fusión.

P: ¿Cómo son los metales concebidos en el vientre de la tierra?

R: Cuando los cuatro elementos han desarrollado su poder o virtud en el centro de la tierra, y han depositado sus semillas, el *Archeus* de la Naturaleza, en el curso de un proceso destilatorio, los sublima superficialmente por medio de una calidez y energía de movimiento perpetuo.

P: ¿En qué se resuelve el viento mismo cuando es destilado a través de los poros de la tierra?

R: Se transforma en agua, cuando todas las cosas florecen; en este estado es meramente un vapor húmedo, fuera del que es subsecuentemente evolucionado el principio original de todas las sustancias, y el que también sirve como materia prima de los Filósofos.

P: ¿Qué es el principio original, que es empleado como materia prima por los Niños del Conocimiento en su accionar filosófico?

R: Es esta materia idéntica la que, en el momento que es concebida, recibe una forma permanente e incambiable.

P: ¿Son Saturno, Júpiter, Marte, Venus, Sol, Luna, etc., fundados separadamente con semilla individual?

R: Una es común a todos; sus diferencias surgen por la localidad de la que derivan, sin hablar de que la Naturaleza completa su trabajo con mayor rapidez en la procreación de la plata que en la del oro, y así de los otros metales, cada uno en su propia proporción.

P: ¿Cómo se forma el oro en las entrañas de la tierra?

R: Cuando este vapor, del que hemos hablado, es sublimado en el centro de la tierra, y cuando ha pasado a través de lugares cálidos y puros, donde una viscosidad sulfúrea adhiere a los canales, entonces este vapor, al que los Filósofos han denominado su Mercurio, se adapta y une a esta viscosidad, la que es sublimada con él; de esta amalgama se produce una cierta untuosidad, la que abandonando la forma vaporosa asume la de viscosidad, siendo sublimada a otros lugares que han sido limpiados por este precedente vapor, y la tierra por tanto se ha hecho más sutil, pura, y húmeda; esto llena los poros de esta tierra, los une entre sí, y el oro es producido como resultado.

P: ¿Cómo se engendra Saturno?

R: Esto ocurre cuando la mencionada untuosidad o viscosidad, pasa a través de lugares totalmente impuros y fríos.

P: ¿Cómo es obtenida Venus?

R: Se produce en lugares donde la tierra misma es pura, pero manchada con un sulfuro impuro.

P: ¿Qué poder tiene el vapor, recién mencionado, en el centro de la tierra?

R: Por su progreso continuo tiene el poder de rarificar perpetuamente todo aquello que es crudo e impuro y de sucesivamente atraer hacia sí todo aquello que es puro alrededor de él.

P: ¿Cuál es la semilla de la materia prima de todas las cosas?

R: La materia prima de las cosas, esto es, la materia del principio original es dada por la Naturaleza, sin la asistencia de ninguna otra semilla; en otras palabras, la Naturaleza recibe la materia de los elementos, de los que, subsecuentemente, extrae la semilla.

P: ¿Cuál es en consecuencia, en términos absolutos, la semilla de todas las cosas?

R: La semilla en un cuerpo no es otra cosa que aire congelado, o un vapor húmedo que no tiene uso alguno salvo que sea disuelto por un vapor cálido.

P: ¿Cómo es la generación de la semilla específicamente en el reino metálico?

R: Por el artificio del *Archeus* los cuatro elementos, en la primera generación de la Naturaleza, destilan un poderoso vapor de agua en el centro de la tierra; éste es la semilla de los metales y es llamado Mercurio, no en consideración de su esencia, sino por su fluidez y la facilidad con que se adhiere a cada una y a todas las cosas.

P: ¿Por qué se compara este vapor con el sulfuro?

R: Por su calor interno.

P: ¿De qué especies de Mercurio debemos concluir que están compuestos los metales?

R: Cuando hablamos de Mercurio nos referimos exclusivamente al Mercurio de los Filósofos, y en ningún sentido a la sustancia común o vulgar, la que no puede transformarse en semilla en vista que, como los otros metales, tiene en sí su propia semilla.

P: ¿Qué es lo que actualmente debe ser aceptado como sus-tanda de nuestra materia?

R: La semilla solamente, o dicho, de otro modo, es el grano fijo y no el cuerpo entero el que se diferencia en Sulfuro, macho viviente, y Mercurio, o hembra viviente.

P: ¿Qué operación debe realizarse luego?

R: Deben ser juntados, de modo que puedan formar un germen, luego de esto procederán a la procreación de un fruto que es de acuerdo a sus naturalezas.

P: ¿Cuál es la parte del Artista en esta operación?

R: El Artista no tiene que hacer nada más que separar lo sutil de lo grosero.

P: ¿A qué es reducida, en consecuencia, la total combinación filosófica?
R: El desarrollo de uno en dos, y la reducción de dos en uno, y nada más.
P: ¿Dónde debemos buscar la semilla y vida de metales y minerales?
R: La semilla de los minerales es específicamente el agua que existe en el centro y el corazón de los minerales.
P: ¿Cómo opera la Naturaleza con la ayuda del Arte?
R: Toda semilla, sea cual fuere su clase, es inútil, a menos que por medio de la Naturaleza o el Arte sea ubicada en una matriz acorde, donde recibe su vida por la cocción del germen y por la congelación de la partícula pura, o grano fijo.
P: ¿Cómo es alimentada y preservada la semilla?
R: Por la calidez de su cuerpo.
P: ¿Qué otra cosa es realizada por el Artista en el reino mineral?
R: El termina lo que no puede ser terminado por la Naturaleza debido a la crudeza del aire, que ha penetrado los poros de todos los cuerpos por su violencia, pero en la superficie, no en las entrañas de la tierra.
P: ¿Qué correspondencias tienen los metales entre sí?
R: Es necesario para una apropiada comprensión de la naturaleza de esta correspondencia considerar la posición de los planetas, y prestar atención a Saturno, que es el mayor de todos, y luego es sucedido por Júpiter, luego de Marte, el Sol, Venus, Mercurio, y finalmente, por la Luna. Se debe observar que las virtudes influidas por los planetas no ascienden sino que descienden, y la experiencia nos enseña que Marte puede ser fácilmente convertido en Venus, no Venus en Marte, que es de una esfera inferior. Así, también, Júpiter puede ser fácilmente transmutado en Mercurio, porque Júpiter es superior a Mercurio, uno estando luego del otro en el firmamento, el otro segundo detrás de la Tierra, y Saturno es el mayor de todos, mientras la Luna es la más baja. El Sol entra en todos, pero nunca es superado por sus inferiores. Es claro que hay una gran correspondencia entre Saturno y la Luna, en la mitad de los que está el Sol; pero a todos estos cambios el Filósofo debería procurar administrar el Sol.
P: Cuando los Filósofos hablan de oro y plata, de los que extraen sus materias, ¿debemos suponer qué se refieren al oro vulgar y la plata?
R: De ningún modo; la plata vulgar y el oro están muertos, mientras que los de los Filósofos están llenos de vida.

CAPITULO V

La piedra, el caos y el cielo
El Génesis según la alquimia

P: ¿Cuál es el objeto de investigación entre los Filósofos?
R: Eficiencia en el arte de perfeccionar lo que la Naturaleza ha dejado imperfecto en el reino mineral, y alcanzar el tesoro de la Piedra Filosofal.
P: ¿Qué es esta Piedra?
R: La Piedra es nada más que la humedad radical de los elementos, perfectamente purificada y extractada en una fijación soberana, lo que causa que realice grandes cosas para la salud, vida, bienes residentes exclusivamente en su humedad radical.
P: ¿En qué consiste el secreto de la realización de este trabajo admirable?
R: Consiste en conocer como extraer de la potencialidad a la actividad la calidez innata, o el fuego de la Naturaleza, que está encerrado en el centro de la humedad radical.
P: ¿Cuáles son las precauciones que se deben tomar para evitar fallar en el trabajo?
R: Se debe tener gran cuidado en eliminar los excrementos de la materia, y en no conservar nada, salvo el núcleo, que contiene todas las virtudes del compuesto.

P: ¿Por qué esta medicina cura toda especie de enfermedades?

R: No es en consideración de la variedad de sus cualidades, sino simplemente porque fortifica poderosamente la calidez natural, la que es sutilmente estimulada, mientras que otros medicamentos la irritan por una acción muy violenta.

P: ¿Cómo puede demostrar la verdad del arte en materia de tinturas?

R: Primeramente, su verdad se funda en el hecho que el polvo físico, estando compuesto de la misma sustancia que los metales, digamos, azogue, tiene la facultad de combinarse con éste en fusión, una naturaleza abrazando a otra que es similar a sí misma.

Segundo, viendo que la imperfección de los metales base se debe a la crudeza de sus azogues, y únicamente a esto, el polvo físico, que es un azogue en bruto y decoccionado, y[1] en sí, un fuego puro, puede fácilmente comunicarles su propia madurez y puede transmutarlos en sus naturalezas, luego que haya atraído su cruda humedad, esto es, su azogue, que es la única sustancia que los transmuta, siendo el resto nada sino escoria y excrementos, que son rechazados en la proyección.

P: ¿Qué camino debería el Filósofo seguir de modo que alcance el conocimiento y ejecución del trabajo físico?

R: Aquel precisamente que siguió el *Gran Arquitecto del Universo* en la creación del mundo, esto es, observando como el caos fue desenvuelto.

P: ¿Cuál era la materia del Caos?

R: No puede ser otra cosa que un vapor húmedo, porque el agua sola entra en todas las sustancias creadas, las que terminan en un término extraño, siendo este término un sujeto apropiado para la impresión de todas las formas.

Un ejemplo puede encontrarse en la producción especial de las sustancias compuestas, cuyas semillas invariablemente se resuelven en cierto humor, que es el caso de la materia particular cuando asumen, por una clase de irradiación, la completa forma de una planta. Además, debería observarse que la Sagrada Escritura no menciona nada salvo agua como sujeto material sobre el que el Espíritu de Dios aleteaba, nada salvo luz como la forma universal de las cosas.

P: ¿Qué beneficio puede obtener el Filósofo de estas consideraciones, y qué debería él especialmente destacar en el método de creación seguido por el Ser Supremo?

R: En primer lugar debería observar la materia a partir de la que el mundo fue hecho; verá que a partir de esta masa confusa, el Supremo Artista comenzó extrayendo luz, y esta luz en el mismo momento disolvió la oscuridad que cubría la superficie de la tierra, y que sirvió como la forma universal de la materia. Percibirá fácilmente que, en la generación de todas las sustancias compuestas, toma lugar una especie de irradiación, y una separación de luz y oscuridad, ya que la Naturaleza es una fiel copista de su Creador. El Filósofo comprenderá igualmente luego de esto, por la acción de esta luz, que el empíreo o firmamento que divide las aguas superiores de las inferiores fue creado en su consecuencia: cómo el cielo fue poblado de cuerpos luminosos; y cómo surgió la necesidad de la Luna a la que pertenece el espacio intermediario entre las cosas de arriba y las cosas de abajo; dado que la Luna es una antorcha intermediaria entre los mudos inferiores y superiores, recibiendo las influencias celestes y comunicándolas a la Tierra. Finalmente comprenderá como el Creador reunió las aguas y produjo la tierra seca.

P: ¿Cuántos cielos podéis enumerar?

R: Estrictamente hay uno solo que es el firmamento, que divide las aguas de las aguas. De todos modos, tres son admitidos, de los que el primero es el espacio que está por encima de las nubes. En este cielo las aguas están rarificadas y caen sobre las estrellas fijas, y es el espacio donde los planetas y estrellas errantes realizan sus revoluciones. El segundo cielo es el firmamento de estrellas fijas, mientras que el tercero es el correspondiente a las aguas supercelestiales.

P: ¿Por qué la rarefacción de las aguas está confinada al primer cielo?

R: Porque en la naturaleza de las cosas rarificadas está el ascender, y porque Dios, en Sus Leyes Eternas, ha designado su propia esfera a cada cosa.

P: ¿Por qué cada cuerpo celeste invariablemente gira alrededor de un eje?

R: Ello es debido al ímpetu primal que es recibido y en virtud de la misma ley que causará que cualquier sustancia pesada suspendida de una hebra gire a la misma velocidad, si el poder que la impele en su movimiento permanece constante.

P: ¿Por qué las aguas superiores nunca descienden?

R: Por su extrema rarefacción. Es por esta razón que un calificado químico puede derivar mayor ganancia del estudio de la rarefacciónque de cualquier otra ciencia.

P: ¿Cuál es la materia del firmamento?

R: Es propiamente aire, que es más apropiado que el agua como medio de luz.

P: Luego de la separación de las aguas y las tierras secas, ¿qué hizo el Creador para originar la creación?

R: El creó una cierta luz que estaba destinada a su tarea, El la ubicó en el fuego central y moderó este fuego por medio de la humedad del agua y por la frialdad de la tierra, de modo de controlar su energía y adaptarla a su designio.

P: ¿Cuál es la acción de este fuego central?

R: Continuamente opera sobre la materia húmeda más próxima, que se exalta en vapor; este vapor es el Mercurio de la Naturaleza y la materia prima de los tres reinos.

P: ¿Cómo es el Sulfuro de la Naturaleza subsecuentemente formado?

R: Por la interacción del fuego central con el vapor mercurial.

P: ¿Cómo es producida la sal del mar?

R: Por la acción del mismo fuego sobre la humedad acuosa, cuando la humedad aérea, que está allí contenida, es exhalada.

P: ¿Qué debería ser hecho por un Filósofo verdaderamente sabio cuando ya ha aprendido el fundamento y el orden en el procedimiento del *Gran Arquitecto del Universo* en la construcción de todo lo que existe en la naturaleza?

R: Debería, tanto como sea posible, transformarse en un copista de su Creador. En el Caos Físico debería hacer su caos tal como el original actualmente fue; debería separar la luz de la oscuridad; debería formar su firmamento por medio de la separación de las aguas que están arriba de las aguas de las aguas que están abajo; y seguir, sucesivamente y punto por punto, la entera secuencia del acto creativo.

P: ¿Con qué se realizaba esta grande y sublima operación?

R: Con un corpúsculo simple, o cuerpo menudo, el que, para decirlo así, contiene sólo heces, orina y abominaciones, pero donde una cierta humedad tenebrosa y mercurial es extraída, la que contiene en sí todo lo que es requerido por el Filósofo, porque, de hecho, él no busca nada más que el verdadero Mercurio.

P: ¿Qué clase de Mercurio debe, en consecuencia, emplear en la obra?

R: Un Mercurio como tal no se encuentra en la tierra sino que es extraído de los cuerpos, no del azogue vulgar, como equivocadamente se ha dicho.

P: ¿Por qué éste no se ajusta a las necesidades de nuestra obra?

R: Porque el artista sabio debe darse cuenta que el mercurio vulgar tiene una cantidad insuficiente de sulfuro, y debería operar consecuentemente sobre un cuerpo creado por la Naturaleza, en el que la Naturaleza misma ha unido el sulfuro y el mercurio de lo que resulta el trabajo de separarlo.

P: ¿Qué debe hacer en consecuencia?

R: Debe purificarlos y unirlos nuevamente.

P: ¿Cómo denomináis al cuerpo del que hemos estado hablando?

La Piedra Bruta, o Caos, o Iliaste o Hyle: esa masa confusa que es conocida pero universalmente ignorada.

CAPITULO VI

Cómo se llega a ser alquimista

P: Ya que decís que el Mercurio es la única cosa que el Filósofo debe entender absolutamente, ¿me podríais dar una descripción circunstancial de él, para evitar cualquier malentendido?

R: Respecto a su naturaleza nuestro Mercurio es dual-fijo, y volátil; en relación a su movimiento también es dual, pues tiene un movimiento ascendente y también descendente; por este último se da la influencia de las plantas, pues estimula el fuego que emana de la Naturaleza, y éste es su primer trabajo previo a la congelación. Por su movimiento ascendente, se eleva, buscando ser purificado, y como éste es posterior a la congelación, es considerado ser la humedad radical de las sustancias, el que más allá de su escoria vil, sigue preservando la nobleza de su primer origen.

P: ¿Cuántos tipos de humedad suponéis que hay en cada cosa compuesta?

R: Hay tres: la elemental, que es propiamente el contenedor de los otros elementos; la Radical que, específicamente hablando es aceite, o bálsamo, en la que la total virtud del sujeto reside finalmente; la Alimentaría, el verdadero disolvente natural, que eleva el fuego interno causando corrupción y negritud por su humedad, y creando y sosteniendo el sujeto.

P: ¿Cuántas especies de Mercurio son conocidas por los Filósofos?

R: El Mercurio de los Filósofos debe ser considerado bajo cuatro aspectos; el primero es llamado el Mercurio de los Cuerpos, el que es actualmente su semilla oculta; el segundo es el Mercurio de la Naturaleza, el que es el Baño o Vaso de los Filósofos, dicho de otro modo, la humedad radical; al tercero se le ha aplicado la designación de Mercurio de los Filósofos porque es encontrado en sus laboratorios y sus minas. Es la esfera de Saturno, es la Diana del Sabio, es la verdadera sal de los metales, luego de la adquisición del cual el verdadero trabajo filosófico puede ser considerado verdaderamente comenzado. En su cuarto aspecto es llamado Mercurio Común, el que, sin embargo, no es todavía el Vulgar, sino que es el verdadero aire de los Filósofos, la verdadera sustancia media del agua, el verdadero fuego secreto y oculto, llamado también fuego común, porque es común a todas las minas, dado que es la sustancia de los metales y del que ellos derivan sus cualidades y cantidades.

P: ¿Cuántas operaciones están comprendidas en nuestro trabajo?

R: Hay una sola, la que puede ser resuelta en sublimación, y sublimación, de acuerdo a *Geber,'* no es otra cosa que la elevación de la materia seca por la mediación del fuego, con adherencia a su propio vaso.

P: ¿Qué precaución se debería tomar en la lectura de los Filósofos Herméticos?

R: Un gran cuidado, sobre todo, debe ser tomado en este punto. Poco de lo que ellos dicen sobre este tema debe ser interpretado literalmente y de acuerdo con el mero sonido de las palabras: pues la letra mata, pero el espíritu vivifica.

P: ¿Qué libros debería leer para tener familiaridad con nuestra ciencia?

R: Entre los antiguos, todos los trabajos de Hermes deberían ser especialmente estudiados; en segundo lugar, un cierto libro titulado *El Pasaje del Mar Rojo* y otro, *La Entrada en la Tierra Prometida.*

Seguidamente, Ramon Llull debe ser leído, y su Vade Mecum (aforismos), sobre todo su diálogo llamado *El Arbol de la Vida,* su testamento y codicillo. Se deben tomar ciertas precauciones con estos dos últimos porque, como Geber (1) y también Arnoldo de Villanova, abundan en falsas recetas y ficciones fútiles, que parecen haber sido injertadas con el objeto de apartar más efectivamente la verdad del ignorante. En tercer lugar, la *Turba Filosophorum,* que es una colección de autores antiguos, y contiene material muy bueno junto con otros escritos de ningún valor. Entre los autores medievales, Zachaire, Trevisano y Roger Bacon, y un cierto autor anónimo, cuyo libro es titulado *Los Filósofos,* deben ser tenidos en particular estima por los estudiantes.

1 Geber o Jabir (Abu Abdallah Jabir ben Hayyain), alquimista árabe del siglo VIII.

P: ¿Cuándo puede el Filósofo aventurarse a llevar adelante la obra?
R: Cuando él es, teoréticamente, capaz de extraer, por medio de un espíritu crudo, un espíritu digerido a través de un cuerpo en disolución, siendo ese espíritu digerido reunido nuevamente con él, con el óleo vital.
P: Explicad más claramente esta teoría.
R: Puede ser demostrado más claramente en el proceso actual; el gran experimento puede ser llevado a cabo cuando el Filósofo, por medio de un menstruo vegetal unido a un menstruo mineral, es calificado para disolver un tercer menstruo esencial, y con tales menstruos unidos debe lavar la tierra, y entonces exaltarlo en una quintaesencia celestial, para componer el huracán sulfúreo, que instantáneamente penetra las sustancias y destruye sus excrementos.
P: ¿Tienen una apropiada familiaridad con la Naturaleza aquellas personas que pretenden emplear el oro vulgar por semilla, y el mercurio vulgar por disolvente, o la tierra en la que debería ser sembrado?
R: Seguramente no, porque ni uno ni otro poseen el agente externo oro, porque él ha sido privado de aquél por la decocción, y mercurio porque eso jamás lo ha tenido.
P: En la búsqueda de esa semilla aurífera en otro lugar que en el oro mismo, ¿no hay peligro de producir una especie de monstruos, como aquellos que surgen de la Naturaleza, en apari2ncia?
R: Es indudablemente verdadero que en el oro está contenida la semilla aurífera y que en una condición más perfecta se encuentra en cualquier otro cuerpo; pero esto no nos fuerza a usar el oro vulgar, pues tal semilla es igualmente encontrada en cada uno de los otros metales, y no es otra cosa sino ese grano fijo que la Naturaleza ha infundido en la primera congelación del Mercurio, todos los metales teniendo un origen y una sustancia común, como será por último revelado a aquellos que resulten merecedores de recibirlo por la aplicación y el estudio asiduo.
P: ¿Qué resulta de esta doctrina?
R: Resulta que, aunque la semilla es más perfecta en el oro, debe ser extraída más fácilmente de otro cuerpo que el oro mismo, otros cuerpos más abiertos, es decir, menos digeridos, y menos restringida su humedad.
P: Déme un ejemplo tomado de la naturaleza.
R: El oro vulgar puede ser comparado a una fruta que, habiendo llegado a una perfecta madurez, ha sido extraída de su árbol, y aunque contiene una semilla bien digerida y perfecta, nadie la plantaría para que se multiplique, pues mucho tiempo y trabajo y atención serían consumidos en el desarrollo de sus capacidades vegetales. Por otra parte, si un gajo o una raíz, se toma del mismo árbol y es similarmente plantado, en un corto tiempo y sin ningún problema crecerá y producirá muchas frutas.
P: ¿Es necesario que un aprendiz en esta ciencia debiera entender la formación de metales en las entrañas de la tierra si él desea completar su trabajo?
R: Es tan indispensable tal conocimiento que nadie se debería abstener de él, antes que cualquier otro estudio, sino aplicarse a él con atención y del mismo modo imitar la Naturaleza punto por punto.
P: ¿Cómo entonces, la Naturaleza deposita metales en las entrañas de la tierra y de qué los compone?
R: La Naturaleza manufactura a los metales a partir del sulfuro y el mercurio, y los forma por su doble vapor.

P: ¿Qué es lo que queréis decir por este doble vapor, y cómo pueden los metales ser formados por él?
R: Para tener un completo entendimiento de esta cuestión se debe decir primero que el vapor mercurial es unido al vapor sulfúreo en un lugar cavernoso que contiene un agua salina, que les sirve de matriz. Entonces es formado primeramente el *Vitriolo de la Naturaleza;* segundo, por la conmoción de los elementos se extrae de este *Vitriolo de la Naturaleza* un nuevo vapor, que no es ni mercurial ni sulfúreo, sino que es aliado a ambas naturalezas, y esto, pasando por lugares a los que la grasa del sulfuro se adhiere, se produce la unión, y a partir de esa unión una sustancia gelatinosa se produce, esto es, una masa informe, la que es penetrada por el vapor que llena estas cavidades cavernosas. Por este vapor, actuante a través del sulfuro que contiene, son producidos los metales perfectos asegurándose que el vapor y la localidad son puros. Si la localidad y el vapor son impuros, resultan metales imperfectos. Los términos perfección e imperfección tienen referencia a los varios grados de decocción.
P: ¿Qué contiene este vapor?
R: Un espíritu de luz y un espíritu de fuego, de la naturaleza de los cuerpos celestes, la que en forma apropiada debería ser considerada la forma del universo.
P: ¿Qué es lo que representa este vapor?
R: Este vapor, impregnado por el espíritu universal, representa, en forma completa, el *Caos* original, que contiene todo lo que fue requerido para la creación original, esto es materia universal y forma universal.
P: Y uno ¿no puede, de todos modos, emplear el mercurio vulgar en este proceso?
R: No porque el mercurio vulgar, como ya se ha dicho, carece del agente externo.
P: ¿Por qué el mercurio común carece de su agente externo?
R: Porque en la exaltación del doble vapor, la conmoción ha sido tan grande y errática que ese espíritu, o agente, se ha evaporado como ocurre, con una gran similitud, en la fusión de los metales. El resultado es que la única parte mercurial es privada de su agente masculino o sulfúreo, y consecuentemente no puede nunca ser transmutado en otro por la Naturaleza.

CAPITULO VII

El oro de los alquimistas

P: ¿Cuántas especies de oro son distinguidas por los Filósofos?
R: Tres clases: Oro Astral, Oro Elemental y Oro Vulgar.
P: ¿Qué es el oro astral?
R: El oro astral tiene su centro en el sol, con el que se comunica por sus rayos con todas las cosas inferiores. Es una sustancia ígnea, que recibe una continua emanación de corpúsculos solares que penetran todas las cosas semovientes, vegetales y minerales.
P: ¿Qué queréis decir con el término Oro Elemental?
R: Es la más pura y fija porción de elementos, y de todo lo que los compone. Todos los seres sublunares incluidos en los tres reinos contienen en su centro más interno un precioso grado de este oro elemental.
P: ¿Cómo descubriríais el Oro Vulgar?
R: Es el más maravilloso metal que conocemos, el mejor que la Naturaleza pueda producir, tan perfecto como inalterable.
P: ¿De qué especie de oro es la Piedra de los Filósofos?
R: Es de la segunda especie, como siendo la más pura porción de todo, los elementos metálicos luego de su purificación, cuando es llamado oro filosófico viviente. Un perfecto equilibrio e igualdad de los cuatro elementos entra en la Piedra Física, y cuatro cosas son indispensables para la consecución del trabajo, digamos, composición, ubicación, mezcla, y unión que, una vez llevada a cabo de acuerdo a las reglas del arte será el legítimo Hijo del Sol, y el Fénix

que eternamente surge de sus propias cenizas.

P: ¿Qué es actualmente el oro viviente de los filósofos?

R: Es exclusivamente el fuego de Mercurio, o esa virtud ígnea, contenida en la humedad radical, a la que ha ya comunicado la fijeza y naturaleza del sulfuro, cuando él ha emanado el carácter mercurial de la totalidad de la sustancia del sulfuro filosófico, permitiéndole ser alternativamente llamado mercurio.

P: ¿Qué otro nombre es también dado por los Filósofos a su oro viviente?

R: Ellos también lo llaman su viviente sulfuro, y su verdadero fuego; reconocen su existencia en todos los cuerpos, y no hay nada que pueda subsistir sin él.

P: ¿Dónde debemos buscar nuestro oro viviente, nuestro viviente sulfuro y nuestro verdadero fuego?

R: En la casa de Mercurio.

P: ¿Qué alimenta ese fuego?

R: El aire.

P: Dadme una explicación comparativa del poder de este fuego.

R: Para ejemplificar la atracción de este fuego interior, no hay mejor comparación que aquella derivada del ciclón, el que originalmente es simplemente una exhalación seca y terrestre unida a un vapor húmedo. Por su exaltación, y por asumir la naturaleza ígnea, actúa en la humedad que le es inherente; esto es atraído, se lo transmuta en su propia naturaleza, y entonces rápidamente se precipita a la tierra, donde es atraída por una naturaleza fija que es igual a sí.

P: ¿Qué deben hacer los Filósofos luego de haber extraído su Mercurio?

R: Deben desarrollarlo de la potencialidad a la actividad.

P: ¿No puede la Naturaleza hacerlo ella misma?

R: No, porque ella se detiene un poco antes de la primera sublimación y fuera de la materia en la que puede el metal engendrar.

P: ¿Qué es lo que los Filósofos entienden por su Oro y Plata?

R: Los Filósofos aplican a su Sulfuro el nombre de Oro y a su Mercurio el nombre de Plata.

P: ¿De dónde se derivan?

R: Ya he establecido que ellos se derivan de un cuerpo homogéneo donde se encuentran en gran abundancia, donde también los Filósofos saben como extraerlo por un admirable y enteramente filosófico proceso.

P: Cuando esta operación ha sido correctamente llevada a cabo, ¿a qué otro punto de la práctica deben ellos aplicarse?

R: A confeccionar la amalgama filosófica, que debe ser hecha con gran cuidado, pero que sólo puede ser realizada luego de la preparación y sublimación del Mercurio.

P: ¿Cuándo debería su materia ser combinada con el oro viviente?

R: Durante el período de la amalgama solamente, es decir, el
Sulfuro es introducido en él por medio de la amalgama, y de lo que resulta una sustancia; el proceso es acortado por medio de la adición de Sulfuro, mientras que la tintura al mismo tiempo es aumentada.

P: ¿Qué es contenido en el centro de la humedad radical?

R: Contiene un Sulfuro oculto, cubierto con una corteza dura.

P: Qué debe hacerse para aplicarlo a la Gran Obra?

R: Debe ser extraído de sus huesos con consumada pericia, y por el método de putrefacción.

P: ¿Tiene la Naturaleza, en su trabajo en las minas, un menstruo adaptado a la disolución y liberación de este sulfuro?

R: No, porque no hay movimiento local. Si pudiera la Naturaleza, sin ayuda, disolver, putrificar y purificar el cuerpo metálico, ella misma nos proveería de la Piedra Física, la que es el Sulfuro exaltado e incrementado en virtud.

P: ¿Podéis elucidar esta doctrina por medio de un ejemplo?

R: Por extensión de la anterior metáfora de la fruta (véase capítulo VI) o una semilla la que, en primer lugar, es puesta en la tierra para su solución y luego para su multiplicación. Ahora, el Filósofo, que está en la posición de discernir qué es una buena semilla, la extrae de su centro, la consigna a su tierra apropiada, cuando ha sido bien curada y preparada y entonces la rarifica de tal modo que su virtud prolífica es aumentada e indefinidamente multiplicada.
P: ¿En qué consiste el total secreto de la semilla?
R: En el verdadero conocimiento de su tierra apropiada.
P: ¿Qué entendéis por semilla en el trabajo del Filósofo?
R: Entiendo por ella el calor interior, o el espíritu específico, que está encerrado en la humedad radical, la que, en otras palabras, es la sustancia media de la plata viviente, el apropiado esperma de los metales, que contiene su propia semilla.
P: ¿Cómo libera el sulfuro de sus huesos?
R: Por putrefacción.
P: ¿Cuál es la tierra de los minerales?
R: Es su menstruo apropiado.
P: ¿Qué cuidados debe tomar el Filósofo para extraer la parte que él requiere?
R: Debe tomar grandes precauciones para eliminar los vapores fétidos y los sulfuros impuros, luego de los que la semilla debe ser plantada.
P: ¿Por cuál indicación puede el Artista asegurarse que está en la vía correcta al comienzo de su trabajo?
R: Cuando encuentra que el disolvente y la cosa disuelta son convertidos en una forma y una materia en el período de disolución.

CAPITULO VIII

La Estrella Flamígera

P: ¿Con cuántas soluciones contáis en el Trabajo Filosófico?
R: Hay tres. La primera solución es aquella que reduce el cuerpo metálico y puro en sus elementos de sulfuro y de plata viviente; la segunda es la del cuerpo físico; y la tercera es la solución de la tierra mineral.
P: ¿Cómo es reducido el cuerpo metálico por la primera solución en mercurio y luego en sulfuro?
R: Por el secreto fuego artificial, que es la Estrella Flamígera.
P: ¿Cómo es realizada esta operación?
R: Por la extracción del sujeto, en primer lugar, del mercurio o vapor de los elementos y, luego de purificación, por su empleo para liberar el sulfuro de sus huesos, por corrupción, de lo que el negro es la indicación.
P: ¿Cómo es llevada a cabo la segunda solución?
R: Cuando el cuerpo físico es resuelto en las dos sustancias mencionadas previamente y ha adquirido la naturaleza celestial.
P: ¿Cuál es el nombre que aplican los Filósofos a la Materia durante este período?
R: Es llamado su Caos Físico y es, de hecho, la Verdadera Materia Prima, un nombre que difícilmente puede aplicarse antes de la conjunción del macho —que es el sulfuro— con la hembra —que es la plata—.
P: ¿A qué se refiere la tercera solución?
R: Es el humedecimiento de la tierra mineral y está estrechamente unida con la multiplicación.
P: ¿Qué fuego debe ser empleado en nuestro trabajo?
R: El fuego que es usado por la Naturaleza.
P: ¿Cuál es la potencia de este fuego?

R: Disuelve todo lo que está en el mundo porque es el principio de toda disolución y corrupción.
P: ¿Por qué es también llamado Mercurio?
R: Porque es en su naturaleza aéreo, y un vapor muy sutil, que participa al mismo tiempo de sulfuro cuando ha contraído alguna contaminación.
P: ¿Dónde está ocultado este fuego?
R: Está oculto en el sujeto del arte.
P: ¿Quién está familiarizado con él y puede producirlo?
R: Es conocido al sabio, quien puede tanto producirlo como purificarlo.
P: ¿Qué es la potencia esencial y característica de este fuego?
R: Es excesivamente seco, y está continuamente en movimiento; busca sólo desintegrar y guiar cosas de la potencialidad a la actualidad; es aquel que, en una palabra, procediendo de lugares sólidos en las minas, circula en una forma vaporosa sobre la materia y la disuelve.
P: ¿Cómo puede ser distinguido más fácilmente este fuego?
R: Por los restos sulfurosos en los que es envuelto por el medio ambiente salino del que es revestido.
P: ¿Qué debe ser agregado a este fuego de modo de acentuar su capacidad para incineración en las especies femeninas?
R: Debido a su extrema sequedad requiere ser humedecido.
P: ¿Cuántos fuegos filosóficos podéis enumerar?
R: Hay tres en total: natural, innatural y contranatural.
P: Explicad estas tres especies de fuego.
R: El fuego natural es el fuego masculino, el agente jefe; el innatural es el femenino, que es el disolvente de la Naturaleza, que alimenta un humo blanco y asume esta forma. Este humo es rápidamente disipado, aunque se debe tomar mucho cuidado y es incombustible, a pesar que por medio de la sublimación filosófica deviene en corporal y resplandeciente. El fuego contranatural es aquel que desintegra los compuestos, y que tiene el poder de desunir lo que ha sido unido muy estrechamente por la Naturaleza.

CAPITULO IX

La materia

P: ¿Dónde debe ser encontrada nuestra materia?
R: Se puede encontrar en todas partes, pero debe ser especialmente buscada en la naturaleza metálica, donde es más fácil de extraer que en otra parte.
P: ¿Qué clase debe ser preferida antes que otras?
R: La más madura, la más apropiada y la mas fácil; pero cuidar, por sobre todas las cosas, de que la esencia metálica esté presente, no sólo potencialmente sino también actualmente, y que haya por sobre todo un esplendor metálico.
P: ¿Está todo contenido en este punto?
R: Sí, pero la Naturaleza, al mismo tiempo, debe ser asistida, de modo que el trabajo pueda ser perfeccionado y llevado a su fin, y esto por medios que son familiares a los más altos grados del experimento.
P: ¿Es esta materia excesivamente preciosa?
R: Es vil, *y* originalmente sin ninguna elegancia natural; nadie diga de ella que es vendible, porque sólo es útil en nuestro trabajo.
P: ¿Qué es lo que contiene nuestra Materia?
R: Contiene, Sal, Sulfuro y Mercurio.
P: ¿Qué operación es más importante de realizar?
R: La sucesiva extracción de la Sal, el Sulfuro y el Mercurio.

P: ¿Cómo es hecho esto?
R: Por la mera y perfecta sublimación.
P: ¿Qué es extraído en primer lugar?
R: Mercurio en la forma de un humo blanco.
P: ¿Qué sigue?
R: Agua ígnea, o sulfuro.
P: ¿Qué más?
R: La disolución con sal purificada, en primer lugar volatilizando aquello que es fijo y luego fijando aquello que es volátil en una tierra preciosa que es el Vaso de los Filósofos, y es totalmente perfecta.

CAPITULO X

Palabras rituales

P: ¿Cuándo debe el Filósofo comenzar su empresa?
R: En el momento del amanecer, pues su energía no debe nunca atemperarse.
P: ¿Cuándo debe descansar?
R: Cuando el trabajo ha llegado a su perfección.
1': ¿A qué hora está el fin de la Obra?
R: Al mediodía, es decir, en el momento cuando el Sol está en su total poder, y el Hijo de la Estrella de la Mañana en su más brillante esplendor.
P: ¿Cuál es la contraseña del Magnesio?
R: Vos sabéis cuando yo debo o debería responder: reservo mi respuesta.
P: Dadme el saludo de los Filósofos.
R: Comience; yo le responderé.
P: ¿Sois un aprendiz de Filósofo?
R: Mis amigos, y el Sabio, me conocen.
P: ¿Cuál es la edad del Filósofo?
R: Desde el momento de sus investigaciones hasta el de sus descubrimientos, el Filósofo no tiene Edad.

FIN DEL CATECISMO ALQUIMICO

LIBRO DE LOS PROLOGOS

(Libellus Prologorum)

LIBRO PRIMERO

PROLOGO PRIMERO

(Del contenido de la Medicina)

Conviene que sepas previamente, amigo lector, que todas las enfermedades tienen, universalmente, cinco tipos de tratamientos diferentes y fundamentales. Empezaremos pues el estudio de nuestra medicina por el tratamiento *(curatio)* y no por las causas, ya que la debida aplicación de los tratamientos nos conducirá como de la mano a desentrenar el origen mismo de las dolencias (*ex juvantibus)*. El punto esencial y primer argumento de nuestro libro será la afirmación de estos cinco tratamientos *(curationes quin que),* lo que deberás aceptar como si fueran cinco ciencias en Medicina, cinco artes o cinco facultades del entendimiento.

Cada una de ellas es capaz por sí sola de constituir un medio terapéutico completo para la curación de todas las enfermedades *(facultas medicinae)* en manos de un médico hábil, competente y experto, el cual sin embargo deberá saber cuál es el mejor *(insígnito)* y escogerlo así para cada caso. De esta manera le será posible curar cualquier accidente, sufrimiento o dolencia, tanto en una como en otra medicina.

Será bueno de esta manera que cada médico se esfuerce en un estudio cotidiano y constante para alcanzar la máxima ciencia y experiencia en cualquiera de los cinco métodos, sin olvidar que tanta o más importancia tiene alcanzar el conocimiento del alma que el del cuerpo de sus pacientes. Asimismo poseerá sólidos fundamentos en sus estudios y aún en otros, más allá de la estricta medicina. La base de su ciencia estará en él mismo y no en esta o aquella subjetividad extraña. No debe aceptar o descartar una causa por otra sin las debidas razones ni discutir sin fundamento, y en cualquier caso debe tener y demostrar una perfecta confianza en sí mismo.

Con cada uno de estos métodos, suficientemente perfectos “per se” e “in se”, puede alcanzar una disquisición y una comprensión completas, teóricas y prácticas, del conocimiento de las causas y de la curación de las enfermedades.

Con lo que damos fin al exordio de nuestro primer libro médico.

PROLOGO SEGUNDO

(De los dos grandes grupos de enfermedades y del modo de conducir sus remedios)

El que quiera ser médico debe tener presente, por lo pronto, que la medicina es doble: Clínica o Física y Quirúrgica, lo que no quiere decir que tenga dos orígenes distintos sino más bien dos expresiones; se trata de una división puramente específica que encierra en sí misma su propia razón de ser. La fiebre y la peste, por ejemplo, aun proviniendo de la misma fuente, tienen, según es notorio, manifestaciones propias y diferentes. Cuando esa fuente, origen o causa mórbica, expresa una putrefacción interna, se produce la fiebre, que en ocasiones obliga a guardar cama (*clínice)* y en otras se termina en peste, es decir, abandona el centro y se manifiesta en la superficie externa del cuerpo.

El alcanzar y poseer la razón y el buen juicio en una u otra medicina será resultado de no

haber echado en olvido cuanto antecede y de haberlo meditado reiterada y detenidamente.

Toda afección que va del centro a la periferia debe considerarse como física (clínica) y toda aquella que, por el contrario, gana el centro partiendo de la periferia, será tributaria de la Cirugía. Aclarando esto, debe considerarse que todo lo que se resuelve por los emunctorios naturales del cuerpo, por propia secreción de la naturaleza, es enteramente físico. Y quirúrgico, en cambio, todo lo que haga irrupción por emunctorios no naturales.

De la misma manera, todo lo que pueda ser visible en la superficie del cuerpo debe ser considerado como una herida, propio de la cirugía, y de orden físico, por el contrario, si permanece escondido.

En realidad estas son las razones y el estado de cosas que dividen a los médicos en las dos grandes sectas de clínicos y cirujanos. Con todo, cada una de ellas podrá alcanzar la curación de sus enfermos por los cinco métodos y las cinco causas ya señaladas, que cada cual estimará a su manera.

En fin, si corno queda dicho, debe conocer cada secta todos y cada uno de estos cinco orígenes —lo que podría dar lugar a su vez a cinco sectas distintas para cada uno de los dos grandes grupos o especialidades— no es menos cierto que en dicho término sólo existe una secta para el verdadero conocimiento e intelectualización de las causas.

De esta manera hemos querido definir los grados y los estados que vamos a encontrar entre los médicos.

PROLOGO TERCERO

(De los modos o maneras de curar)

Pasemos ahora al estudio de los cinco orígenes, facultades médicas o modos de curar:

I. Medicina natural: Concibe y trata las enfermedades como enseña la vida y la naturaleza de las plantas y, según lo que convenga en cada caso, por sus símbolos o concordancias. Así curará el frío por el calor, la humedad por la desecación, la superabundancia por el ayuno y el reposo y la inanición por el aumento de las comidas. La naturaleza de estas afecciones enseña que las mismas deben ser tratadas por rechazo de acciones contrarias. Los defensores y comentaristas de esta secta fueron, entre otros, Avicena, Galeno, Rosis y sus discípulos.

II. Medicina específica: Los que pertenecen a esta secta tratan las enfermedades por la forma especifica o “Entidad especifica” *(Ens specificum)*. El imán, por ejemplo, atrae el hierro no por intermedio de cualidades elementales sino a través de fuerzas y afinidades específicas. Los médicos de esta secta curan las enfermedades por la fuerza específica de los correspondientes medicamentos. A esta secta pertenecen también aquellos otros experimentadores llamados empíricos por algunos, con justa burla, y también, en fin, entre los naturalistas, aquellos que hacen uso y receta de purgantes, ya que los que administran purgantes imponen fuerzas extrañas que derivan de lo específico, fuera de todo lo natural, saliéndose de una secta para entrar en otra.

III. Medicina caracterológica o cabalística: Los que la profesan curan las enfermedades, según lo que sabemos a través de sus libros y escritos, por el influjo de ciertos signos dotados de extraño poder, capaces de hacer correr a aquel a quien se le ordena o darle o sustraerle determinados influjos o maleficios. Ello puede lograrse también por la acción de la palabra, siendo en su conjunto un método eminentemente subjetivo. Los maestros y autores más destacados de esta secta fueron: Alberto el Grande, los Astrólogos, los Filósofos y los dotados del poder de hechicería.

IV. Medicina de los espíritus: Sus médicos cuidan y curan las enfermedades mediante filtros o infusiones en los que aciertan a coagular *(cogere)* el espíritu de determinadas hierbas o raíces, cuya propia sustancia ha sido responsable anteriormente de la enfermedad (*similia similibus curantur)*. Ocurre de la misma manera que cuando un juez, habiendo hecho encadenar un reo, resulta luego el solo salvador de aquel condenado, al que únicamente su poder y su palabra serán capaces de devolver la libertad. Los enfermos que se consumen de estas dolencias pueden curar gracias al espíritu de estas hierbas, según el arte que se expresa en los libros de esta secta, de laque formaron parte gran cantidad de médicos famosos, como Hipócrates y su escuela.

V. Medicina de la *fe:* La fe resulta aquí el arma de lucha y de victoria contra las enfermedades; fe del enfermo en sí mismo, en el médico, en la favorable disposición de los dioses o en la Piedad de Jesucristo. Creer en la verdad es causa suficiente de muchas curaciones y en este capítulo la vida de Jesucristo y de sus discípulos nos da el mejor ejemplo.

PROLOGO CUARTO

(Del método de la enseñanza médica)

Los libros que expondremos a continuación estarán divididos en dos partes: una comprenderá la práctica del cuerpo, en tanto que en la otra —quirúrgica— nos ocuparemos de las heridas, separadas una y otra por párrafos y capítulos especiales. Acomodaremos ahora este preámbulo o prólogo *(proesagium)* a cada parte, de suerte que convenga y corresponda a todas ellas en todos sus grados. Entretanto y antes de comenzar los cinco libros prometidos hemos de daros ¡oh, médicos de cada secta! una advertencia nueva y distinta, que es lo que vamos a llamar “Paréntesis médico”.

La razón de este “paréntesis” previo está dada por la naturaleza de estos prólogos, así como de la del contenido de los libros subsiguientes, en forma tal que siendo adecuado para todos y cada uno de nuestros discursos, pueda subsistir independientemente de ellos. En este paréntesis conoceréis verdaderamente los orígenes de todos los males, así como su mecanismo de producción, de todo lo cual los médicos, sea cual fuere la secta a que pertenezcan, deben estar perfectamente informados.

Si así lo hacen no hay duda de que podrán obrar cuerdamente y con plena libertad en cualquiera de las sectas que correspondan sus conocimientos, pues por encima de ello conocerán el verdadero origen de las enfermedades.

Es lógico que este paréntesis, en el que se exponen las causas de todos los morbos, preceda a los cinco libros de conclusiones. Y ello es así, indispensable, ya que toda curación debe referirse a una causa concreta. La verdadera causa será descubierta por el hombre hábil que posea el conocimiento de las cosas necesarias para lograr la curación.

Ahora seguirán cinco partes que llamaremos “Tratados”. Y serán precisamente cinco, ya que cinco son los órdenes de cosas de que proceden las enfermedades, divididos en capítulos para su mejor comprensión y orientados todos ellos en los dos órdenes intelectuales de la medicina —clínica y cirugía— que subsisten independientes en las diversas sectas y que se distinguen por reglas bien definidas.

LIBRO SEGUNDO

PROLOGO PRIMERO

(Advertencia sobre la necedad de los médicos librescos y sobre la conveniencia de la universalidad de los conocimientos médicos)

A vosotros, médicos y cirujanos que leáis este Paréntesis, con cuyo provecho os será dado alcanzar la categoría de verdaderos médicos, debo deciros para empezar, que no debéis considerarme inhábil o ignorante en vuestros libros sólo porque marchemos por diferentes caminos. El que no os acompañe se debe simplemente a que ni vuestro estilo, ni vuestra práctica, ni el conocimiento que tenéis de las causas —perfectamente erróneo—, nos convence en nada, como vamos por otra parte a repetir y demostrar a continuación.

No es la rareza de vuestras curaciones milagrosas ni la abundancia de los enfermos que, habiéndose sometido a vuestros cuidados, os han abandonado luego, lo que menos nos asombra, sino que a pesar de ello sigáis glorificando más allá de toda medida a vuestros maestros caldeos, griegos y árabes. Ya que, según el testimonio de sus escritos, la misma suerte cupo a aquellos enfermos que a los vuestros de hoy en día, de los que han acabado por morir la mayor parte.

La verdad es que ni esos libros debilitan los nuestros, ni sus métodos (de los que en realidad no tenéis la menor idea) impugnan ni destruyen los que nosotros practicamos. Deberían pensar, por el contrario, en no combatimos con tales armas, que al fin y al cabo son las mismas que nosotros empleamos hoy a nuestro favor y en verdad os digo que no lograrán con ello más que favorecemos.

Si en nuestros libros omitimos muchas cosas es porque las mismas se encuentran ya correctamente en las obras antiguas, lo que no dejamos de reconocer y señalar siempre que es preciso o conveniente, sin negar a cada autor la originalidad que le corresponde. Sin embargo, no nos expresamos nunca de ese modo más que cuando hablamos de los métodos de la Medicina natural, en la que vosotros pretendéis con notoria insolencia ser considerados como sabios eminentes. Y os digo que ya que insistís en rechazar con tanta arrogancia los conocimientos de las otras cuatro sectas, debo admitir que lo hacéis así, sencillamente, porque no los habéis estudiado ni comprendido.

A pesar de lo que afirmáis, os diré también que Hipócrates ha estado mucho más cerca de la secta espiritualista que de la Medicina natural, por más que no haya hecho mención de tales diferencias en sus escritos; que Galeno obró mucho más de acuerdo en general con la Medicina caracterológica y con los presagios que con la Medicina natural, y que otro tanto puede referirse de igual modo a muchos otros autores.

Igualmente os diré que si bien es cierto que los Secretos, Misterios y Fuerzas sobrenaturales *(Facultates)* pueden ser considerados a justo título como “Magnalia artis”, en la mayoría de los casos permanecen ocultos o escondidos (su *pprimuntur),* por lo que convendrá ir a su busca por vías más lentas (via *Ion gationis)* y más seguras, que nos permitan contemplar, recorrer, repasar y comparar nuestras observaciones con todo detenimiento.

PROLOGO SEGUNDO

(Sobre las “formas clínicas”)

En este Paréntesis vamos a explicaros los fundamentos universales de la ciencia médica, que podéis reconocer lo mismo en Avicena y en Rasis que en Averroes, Hipócrates o Galeno.

Todas las cosas comprendidas aquí deben en efecto tenerse en cuenta, ya que son igual de

necesarias en la teoría que en la práctica para el conocimiento de todos los males y de sus correspondientes tratamientos, tanto si sois médicos como cirujanos.

Explicaremos ahora brevemente el contenido de este Paréntesis. En él vamos a ocupamos de las Entidades *(Ens)* como orígenes engendradores de todas las enfermedades, separadas en los cinco grupos clásicos, desde cada uno de los cuales pueden producirse todos los males pasados, presentes o futuros.

Os convendrá mucho, en efecto, médicos que me leáis o escuchéis, prestar una gran atención a estas cinco entidades y no creer que todos los males provienen de un solo origen. Un ejemplo aclarará lo que acabo de decir: supongamos el caso de la peste y preguntémonos de dónde proviene. Los adictos a la Medicina natural me diréis que de la disolución de la Naturaleza; los afiliados con los astrónomos preferiréis considerarla como consecuencia del movimiento del cielo y del curso de los astros. ¿Cuál de los dos estará en lo cierto? Pues yo digo que los dos y que cada cual lleva su parte de razón, e incluso que hay además otras razones, ya que la Naturaleza es una Entidad y los Astros otra Entidad... etc. Debe saberse que existen cinco pestes, no distintas por sus géneros, esencias, formas o especies, sino por los orígenes de donde provienen. Diremos por lo tanto, para terminar, que nuestro cuerpo está sometido *(subjectum)* a cinco entidades, cada una de las cuales posee en potencia todas las enfermedades. Y que deberán considerarse cinco hidropesías, cinco ictericias, cinco fiebres, cinco chancros y así sucesivamente.

PROLOGO TERCERO

(Naturaleza de las Entidades)

Definido el nombre y número de las Entidades según acabamos de expresar en el prólogo anterior, vamos a ocuparnos en éste de conocerlas debidamente. La Entidad es la causa o cosa que tiene el poder de dirigir *(regendi)* el cuerpo.
Cuando habláis tendenciosamente contra nosotros y afirmáis que la peste proviene de humores cuya malignidad está mantenida latente en el interior del cuerpo, sentáis una notoria falsedad. En vez de entreteneros en ver *cómo* está el cuerpo cuando se halla atacado de infección, deberíais ocuparos en averiguar *cual* es o *qué* es el veneno que los contamina. Recordad que todos los males posibles surgen ellos mismos del cuerpo en un momento dado, en el cual el organismo resulta inflamado o atacado de una u otra manera, a pesar de que no se pueda en la mayoría de los casos precisar la causa determinante de la enfermedad.

Aparte esto, recordad también que hay cinco cosas que hieren el cuerpo y lo disponen a la enfermedad y que es necesario que el organismo se someta a ellas, pues sólo así logrará su debilitamiento.

De esta manera veremos cómo cinco fuegos invaden y surgen del organismo toda vez cada una de las Entidades lo alcanza con su tremendo poder aflictivo *(afficere)*.

Así, cuando os halléis ante un paralítico, vuestra primera precaución será examinar cuidadosamente el fuego, o sea la Entidad que ha producido la parálisis. Con lo cual os diré que el médico que no llegue a precisarlas y poseerlas completamente, está verdaderamente ciego y no logrará jamás la curación de ninguna otra enfermedad.

PROLOGO CUARTO

(Más sobre la naturaleza de las Entidades)

Continuaremos aquí el estudio de la naturaleza de las Entidades. Previamente diremos que en los escritos de gran número de nuestros antepasados y predecesores se encuentran alusiones e ideas plenamente acordes con nuestro concepto de medicina, cuyo principio

quíntuple condensaban ellos en uno solo, que llamaban “soplo-vital”. De la misma manera, y por más que demos hoy la preferencia a los remedios hechos con nervios y médula, nos guardaremos muy bien de menospreciar sus recetas.

Como final del exordio de este paréntesis vamos a definir las Entidades como las directoras, moderadoras y reguladoras de nuestro cuerpo.

En el primer tratado nos ocuparemos de la esencia y la fuerza que encierran los astros. Esta fuerza, que actúe e influye constantemente sobre nuestro ser, se llama Entidad Astral *(Ens astrorum)* y debe ser tenida en cuenta como la primera a la que estamos sometidos.

La segunda fuerza o potencia es la Entidad de los Venenos *(Ens veneni),* cuya acción es siempre perturbadora *(alterat)* y violenta. En este sentido debéis observar la diferencia esencial que distingue a estas dos Entidades, pues así como la influencia de los astros es intrínsecamente saludable e incapaz de proporcionamos perjuicios de ninguna clase, la de los venenos resultará siempre nociva.

La tercera fuerza es aquella que debilita y desgasta nuestro cuerpo por el simple hecho de vivir y puede coexistir o no con las demás. La llamaremos *Entidad Natural.* Estaremos expuestos a esta Entidad en todas aquellas ocasiones en que exijamos abusos o esfuerzos inmoderados a nuestro cuerpo o el mismo se halle debilitado por una complexión .deficiente, de lo cual pueden resultar todas las enfermedades sin excepción, aunque las otras entidades aparezcan favorablemente dispuestas.

La cuarta *Entidad* proviene del poder *de los Espíritus,* que hieren *(violant)* y debilitan los cuerpos que caen bajo su influencia.

La quinta Entidad que puede afectarnos, no obstante nos sean favorables las otras cuatro y a pesar y por encima de ellas, es la *Entidad de Dios (Ens Dei);* Entidad que debemos considerar con la mayor atención y antes que toda otra cosa, pues en ella está la razón de todas las enfermedades.

Observad pues, en fin, que de acuerdo con esto y según lo que repetidamente hemos venido explicando, todos los males provienen de cinco Entidades o Principios diferentes y no de una sola Entidad, corno sin ningún fundamento y con notorio error habéis sostenido.

PROLOGO QUINTO

(Razón de la especificidad de los remedios)

El asombro ante los resultados proviene siempre de ignorancia o de impericia. No debe haber pues razón para que os asombréis ante este prólogo. Si a pesar de esto gustáis de asombraros, podéis perfectamente pasar por alto este paréntesis. No tememos vuestra pluma, por más que en varias ocasiones la hayáis usado en contra nuestra.

Es cierto que habéis contado siempre con toda especie de medicamentos y recetas *(recepta)* contra las fiebres, compuestas con la mayor habilidad, a pesar de lo cual no es menor el temor que os produce pensar que acaso no os sirvan para nada o que sus efectos puedan ser contraproducentes, ya que si consideráis sus fundamentos, podéis daros cuenta de vuestra ignorancia, pues realmente habéis estado atentos a otra cosa de la que verdaderamente deberíais haber considerado.

Entendéis acerca de setenta clases de fiebres cuando verdaderamente existen cinco veces ese número. Ello ocurre porque vosotros sólo dirigís vuestro espíritu y vuestra inteligencia hacia la Entidad Natural, única que habéis adoptado. Si sólo existiera esa Entidad vuestra actitud y vuestras afirmaciones serían lógicas; el que no lo sean proviene de que no os ocupáis más que de la enfermedad, lo que os lleva una y otra vez al error. Del mismo modo, si fuerais más honestos con vosotros mismos, reconoceríais que en más de una ocasión os habéis quedado sin saber si vuestros enfermos febricitantes han curado por los medicamentos que les administrasteis o bien a pesar de ellos. En cuanto a mí, puedo deciros que si el

febricitante ha sido abrasado *(inflamatus est)* por el astro, sólo él y nadie más que él será capaz de matarlo o de devolverle la salud *(restituitur)*.

No es serio que déis los medicamentos de manera fantástica, haciendo beber al enfermo una farmacia entera, pues según se demuestra en el tratado de la Entidad Astral, ello será de dudosa eficacia para el enfermo, aparte de resultar un negocio deplorable para vosotros mismos.

Cuidad pues que las Entidades no os sean desconocidas ni extrañas, a fin de que podáis comprender todo cuanto hagáis y que ello acaba siendo útil y no perjudicial para vuestros enfermos.

Acabo de exponeros esta teoría dentro de unos límites estrictamente físicos para que la comprendáis, ya que únicamente sois capaces de alcanzar los significados de la Entidad Natural, por más que sospeche que en este punto confundís y mezcláis todo lamentablemente. Ello explicaría en fin vuestra incapacidad para distinguir los diversos medicamentos que hay que escoger, así como el cuándo y cómo de su administración.

PROLOGO SEXTO

(Donde Paracelso se previene de que lo consideren como hereje)

Prestadnos pues en adelante toda vuestra atención ahora que hemos establecido las cinco dominaciones *(principatus)* a las que el cuerpo se halla sometido y a través de las cuales experimenta el estado de enfermedad. Seguiremos en cinco tratados todo lo referente a la Entidad Astral, a la Entidad venenosa, a la Natural, a la de los Espíritus y a la de Dios.

Previamente debo declarar que aún reconociéndonos hijos del cristianismo, hemos utilizado en nuestros escritos el lenguaje de los gentiles y paganos. Por encima de todo, ha sido la fe sin embargo la que nos ha permitido no omitir en nuestros estudios la consideración de las cuatro Entidades: Astral, Natural, del Veneno y de los Espíritus, que son verdaderamente Entidades de estilo pagano, ya que sólo la Entidad divina es de estilo cristiano.

El estilo de los gentiles, que nosotros vamos a emplear en la descripción de las cuatro Entidades, no solamente no maculará nuestra fe sino que contribuirá a aguzar nuestro espíritu. Si hemos decidido llamarlo estilo de la gentilidad es sólo por el hecho de que su contenido se aleja de la fe de Cristo, a pesar de lo cual hacemos pública profesión de fe con vosotros, los que sois cristianos de nacimiento y de raza, y continuamos el estudio de la naturaleza de las cuatro Entidades Profanas y de la quinta Entidad Divina, según vamos reiterando a lo largo de este tratado. Por eso vamos a dedicar este último libro a la Entidad Divina y a las conclusiones a las que puede llegarse por la fe.

En ese libro, en que renunciaremos al estilo profano, comprenderemos el verdadero fundamento de la verdad y perseveraremos en la fe. Seremos pues verdaderos “fieles”, de tal manera que, abandonando todo paganismo, os veremos llegar junto a nosotros como cristianos, con !o que podréis juzgarnos en fin según los libros escritos en el estilo de los fieles.

LIBRO DE LAS ENTIDADES

(Textus parenthesis super Entia quinque)

PRIMER LIBRO PAGANO *(pagoyum)*
ACERCA DE LA ENTIDADES MORBOSAS

TRATADO DE LAS ENTIDADES DE LOS ASTROS -
SOBRE LOS CUERPOS INFERIORES *(De Ente Astrorum)*

Capítulo primero

(Origen del cuerpo por la entidad del Semen)

Lo primero que se impone al intentar la descripción de la Entidad Astral es considerar con toda exactitud la esencia, la forma y las propiedades de los astros e inmediatamente, a continuación, averiguar los caminos o el mecanismo por los que se produce la atracción *(eliciatur)* de dicha Entidad sobre nuestros cuerpos.
Vosotros habéis dado a la Entidad Astral una interpretación puramente astronómica sin otro detenimiento o estudio, cuando verdaderamente deberíais haber hecho mucho más. Asimismo, cuando enseñáis abiertamente que el cuerpo se ha formado *(constituere)* directamente del cielo o de los astros, mantenéis una falsedad, ya que el hombre al constituirse lo hace exclusivamente partiendo del Espíritu del Semen *(Ens Seminis)* sin la menor participación de los astros.

Vamos a probaros la nulidad de vuestros conceptos y de vuestras ideas sobre el particular y para empezar vamos a declarar lo siguiente: Adán y Eva han sido, es cierto, resultado de la creación, pero se han continuado y se continuarán hasta el fin del mundo gracias a la *Entidad del Semen.* De tal manera que si no hubieran existido o no existieran en la Naturaleza estrellas o planetas, seguirían naciendo niños de distintas complexiones, sin relación alguna con los astros y sí en cambio con los temperamentos o complexiones de los padres e igual hoy que en las remotas épocas. Así habrá unos melancólicos, otros coléricos, éstos fieles, los otros infieles, aquéllos sobrios y aquéllos otros no, ya que la naturaleza humana, caracterizada por una *Entidad de propiedad y especificidad,* deriva y resulta de la Entidad del Semen y no tiene nada que ver con los Astros. Los Astros en efecto no ocupan ninguna parte del cuerpo ni le infunden complexión, color, naturaleza o sustancia.

Capítulo segundo

(En donde se discute la influencia de los astros en la naturaleza humana)

Debemos advertir a todo médico que las Entidades del hombre son dos: la Entidad del Semen y la Entidad de la Potencia *(Ens seminis e Ens virtutis),* las cuales deben retener cuidadosamente y recordar en el momento oportuno. Ahora, y como texto iniciatorio de este Tratado de la Entidad Astral, enunciaremos un axioma que consideramos perfectamente adecuado. Es el siguiente: "Ningún astro del firmamento, sea planeta o estrella, es capaz de formar o provocar nada en nuestro cuerpo, ya sea color, belleza, fuerza o temperamento."

Sin embargo, como se ha dicho que la Entidad Astral puede perjudicamos *(loedere)* de diversas maneras, yo debo decir a mi vez que ello es falso y que va es hora que desterréis de vuestros espíritus esos absurdos juicios, basados en la naturaleza o en la posición de las

estrellas, que sólo pueden mover a risa.

En este punto vamos a detenemos, sin llevar más adelante este discurso contra nuestros adversarios: primero porque la finalidad de este Paréntesis no es responder a cada instante a todas las cuestiones que se nos plantean exprofeso, para lo cual haría falta disponer de una cantidad de papel y de tinta tan grande como debería ser nuestra capacidad de contestar, por más asistidos que estuviéramos de la inspiración y de la ayuda divina. Y en segundo lugar porque a pesar de que hayáis comprendido que los astros no confieren ninguna propiedad ni naturaleza individual, seguís adoptando la opinión contraria, basados en el hecho de que a veces son capaces de atacamos y aún de provocar la muerte.

La verdad es que no por haber nacido en la línea de Saturno nos corresponde una vida más o menos larga; ello es perfectamente vano. El movimiento de Saturno no afecta a la vida de ningún hombre y menos la prolonga o la abrevia. Aparte de lo cual, y aunque ese planeta no hubiera operado su ascensión a la esfera celeste, habrían habido y existirían hombres dotados del carácter de ese astro. E igualmente existirían lunáticos, aunque jamás hubiera aparecido ninguna luna en la naturaleza del firmamento.

Tampoco debéis creer que la ferocidad y la crueldad de Marte sea responsable de la existencia y de la descendencia de Nerón, pues una cosa es que ambas naturalezas hayan coincidido en ese punto y otra que se hayan mezclado o tomado entre sí.

Para ejemplo de lo que acabamos de decir os recordaremos, entre otros, el caso de Helena y Venus. Ambas fueron indudablemente de la misma naturaleza y, sin embargo, Helena habría sido adúltera aunque Venus no hubiera existido jamás. A lo que añadiremos que aunque Venus sea en la historia mucho más antigua que Helena, las cortesanas existieron mucho antes que una y otra.

Capítulo tercero

(Discurso sobre la semilla y el germen)

A pesar de lo que acabamos de decir debéis pensar que el firmamento y los astros han sido creados de tal modo que ni los hombres ni las criaturas animales podrían vivir <*vigere)* sin ellos, no obstante la incapacidad (de los astros) que tienen para llevar a cabo nada por sí mismos.

La semilla que se deposita en la tierra, por ejemplo, produce el fruto por ella misma, esto es, porque lleva en sí la Entidad del Semen (o de la semilla). Pues aunque es cierto que si el sol no hubiera calentado la tierra durante algún tiempo no habría germinado la semilla, ello ha resultado justamente así gracias a la acción del calor y de la digestión que dicho estímulo provoca. Sabed bien lo que es la digestión y consideradla como el resultado de una cocción lenta *(digerere)* que reduce las cosas a sus principios constitutivos esenciales. La digestión es sólo una operación estimulada por la temperatura, pero cuya acción está y existe ya en la cosa misma que se digiere. Sin digestión no podría prosperar el desarrollo de los fetos, el cual se realiza dentro de la matriz justamente a expensas de su propia digestión.

En la comparación y ejemplo que os hemos dado, la digestión de la semilla se realiza en la tierra, que es la que necesita el sol, en tanto que en la matriz la digestión no necesita de ningún astro, sea Sol, Mercurio o cualquier otro, engendrándose, creciendo y desarrollándose el feto en ella sin que nada le falte.

Los astros carecen efectivamente de poder para cambiar la naturaleza de los hombres, los que tampoco poseen disposición alguna para recibir su influencia.

Considerad aún otros ejemplos: De dos soldados igualmente feroces o combativos, ¿podréis decir cuál es el que engendra, provoca o estimula *(inegniat)* el natural del otro *(naturat)?* ¡Ninguno! Y entre dos mellizos exactamente semejantes, ¿podréis saber cuál es el que da al otro su semejanza? ¡Ninguno tampoco!

¿Por qué, pues, llamar a éstos o a aquéllos Jupiterinos o Lunáticos cuando, al igual que en el ejemplo de los mellizos, todos y cada uno llevamos en nosotros mismos nuestra propia razón de ser?

Os digo que el feto viene a ser como la semilla de su propia sustancia; por eso el mellizo es según la semilla que lo produce y no una progenitura del Sol como hasta ahora se ha venido sosteniendo.

Capítulo cuarto

(De la supremacía de la sangre sobre los astros)

A pesar de todo lo que hemos dicho hasta aquí y sin que esto implique concesión o redundancia, es cierto que los astros pueden herirnos o matarnos. Hasta ahora se os ha enseñado que estamos dirigidos por los astros y que, consiguientemente, encaminamos esta inclinación hacia la naturaleza particular del planeta que nos domina. Y aunque sobre el particular, e incluso sobre la manera de resistir y combatir las influencias astrales, se ha escrito no poco, puedo deciros que todo ello no es sino ganas de perder el tiempo.

Poco importa el sentido que déis a este proverbio: "El hombre sabio tiene mayor poder que los astros y dispone y manda sobre ellos, pues nosotros lo interpretamos tal cual acabamos de enunciarlo."

Los astros, en efecto, no coagulan, adaptan, forman ni dirigen nada en nosotros, así como tampoco nos imbuyen de su similitud. Son absolutamente libres en sí mismos, tanto como podamos serlo nosotros en nuestra propia e íntima determinación y albedrío.

Notad, sin embargo, que la vida no es posible sin los astros:
en efecto, el frío, el calor, y la digestión de las cosas que constituyen nuestro sustento, provienen justamente de ellos.

¿Para qué andar, pues, removiendo esas minuciosas e interminables disputas acerca de si son ellos los que se asemejan a nosotros o nosotros los que nos parecemos a ellos?
Las cosas son así por designio del Creador y no es posible pretender saber lo que está oculto en el firmamento, dado que ignoramos incluso la utilidad que puedan tener las propias cualidades de los astros; la gloria del Sol, el arte de Mercurio o la belleza de Venus, las que, por otra parte, si vamos a decir verdad, no nos sirven para gran cosa (*commodare)*.

Únicamente aprovecharemos la luz y el calor del Sol, ya que de ello se producen las frutas y las hermosas estaciones en las que crece y se da todo cuanto la vida proporciona.

Para terminar este discurso y a fin de que podáis daros cuenta bien de la esencia de este Paréntesis, os pido que prestéis una especial atención a lo que sigue.

Cuando el feto, que ha sido concebido y que ha nacido bajo la influencia favorable y generosa de los astros, toma una naturaleza diferente y aun absolutamente contraria a la que por tal motivo debería corresponderle, obedece indudablemente a alguna razón Pues bien; os diré que esa razón proviene *(defluxit)* de la sangre de sus ascendientes, lo cual está plenamente de acuerdo con todo cuanto sabemos acerca de la generación.
Si la hora prescripta para la acción de cada cual coincide con la de los planetas, ello se debe a la sangre y nada más. Lo cual no invalida la lógica de que las buenas influencias vayan a menudo de acuerdo con los buenos resultados, e igualmente las malas influencias con los malos resultados. Sin embargo, insistimos en que, de las dos influencias que ahora hemos estudiado —la astral y la generativa—, sólo una posee la potencia necesaria para actuar de verdadera causa determinante. Y esa es la segunda, quiere decir, la Entidad del Semen.

Capítulo quinto

(Razón de la diversidad de las formas)

Haremos ahora algunos comentarios acerca de la habilidad o la aptitud que son discernidas a los cuerpos. Hasta aquí, y según los estudios a los que particularmente os habéis dedicado, llegásteis a la conclusión de que todas las propiedades y virtudes nos vienen de los astros: fortuna e industria, arte y erudición, fuerza y riqueza..., por más que unas y otras nos alcancen en desigual medida. Nosotros vamos a destruir estos postulados, dando la siguiente interpretación: la suerte proviene del trabajo y éste de la calidad del espíritu. Quiere decir que cada hombre resultará hábil y afortunado para tal o cual cosa en la medida de su genio y de su espíritu, con todo lo cual podrá alcanzar finalmente la riqueza *(fortunatus).*

Asimismo, dais numerosas razones para explicarlas desemejanzas de las formas humanas, cuando es notorio que desde Adán y durante todos los siglos transcurridos, entre tantas miríadas de hombres, jamás rostro alguno ha sido absolutamente semejante a otro, excepción hecha de los admirables y milagrosos parecidos que tienen los mellizos entre sí. Bien sé que atribuís el origen de estas diferencias al influjo del movimiento de los astros, pero a nosotros eso no nos parece suficientemente claro.

Sabed más bien que la misma Entidad del Semen ha sido creada por Dios de tal suerte que todas las infinitas formas, colores y especies de hombres han sido agotadas en ella y que cada forma no volverá a repetirse hasta que todos los tipos se hayan producido, en cuyo momento los nuevos hombres volverán a su punto de partida, presentando las mismas caras que tuvieron antes de morir, varios siglos atrás. Cuando llegue el día del Juicio Final se habrán producido y agotado, pues, todos los colores y todas las variedades de hombres. Igualmente entonces todo habrá ya precedido de una u otra manera, debido a lo cual no podrá nacer hombre alguno que no se parezca a otro de los nacidos primeramente. En ese momento habrá sonado la última hora de la primera gran rotación del primer ciclo *(circuitus)* del Mundo.

Este hecho no debe empujaros a especulaciones inadecuadas por la que pudiérais pensar en dividir el Mundo en partes o en épocas, ya que si todos los colores y variedades humanas se han manifestado, es lógico que no pueda haber lugar para nuevas formas. En ese momento habrá terminado el período de la verdad *(vera odas)* y empezarán las nuevas semejanzas.

Capítulo sexto

(Acerca del principio M)

El fin de estas reflexiones no es otro que haceros comprender con mayor claridad nuestras proposiciones y enseñanzas. Debéis admitir, pues, la Entidad Astral como aquella cosa indefinida e invisible que mantiene y conserva nuestra vida, así como la de todas las cosas del universo dotadas de sentimiento y que proviene *(profluit)* de los astros.

Explicaremos esto con un ejemplo: El fuego necesita un combustible para arder, pongamos por caso la madera, sin la cual no puede existir. Considerad ahora que el fuego es la vida y que de igual modo necesita alguna madera para existir. Y recordad esto bien, pues por más que sea un ejemplo grosero, entiendo que resultará suficiente y hasta mejor para vosotros:

el cuerpo es la madera y la vida su fuego. Es decir, que la vida ““del cuerpo.

En compensación a esto resulta necesario que el cuerpo posea algo que impida su consumición por la vida y que tienda a conservarlo *(perduret)* en su propia sustancia. Este “algo”, que emana de los astros o del firmamento, es justamente la “Entidad” de que os hemos venido hablando.

Vosotros decís con mucha verdad que si no existiese el aire todas las cosas caerían al suelo; y que perecerían por asfixia todas las que tuvieran vida propia. Debo decir a esto que

existe aún algo que sostiene el cuerpo y que el mismo cuerpo alimenta, cuya pérdida no es menos soportable que la pérdida del aire mismo.

Este "principio" que hace vivir el firmamento, que conserva y calienta *(fovetur)* el aire y sin el cual se disolvería la atmósfera y perecerían los astros, lo llamamos M. (1)

Nada existe en efecto más importante ni nada más digno de ser tenido en cuenta por el médico. Por otra parte, ese "principio" no está en el firmamento, ni emana de los cuerpos celestes, ni es proyectado por ellos hacia nosotros pobres mortales!, siendo mucho más y distinto que todo esto junto.

Sea como fuere, tened por cierto que dicho "principio" conserva todas las criaturas del cielo y de la tierra, viviendo de él y en él todos los elementos.

Recibid cuanto acabo de deciros como una opinión justa, que podéis referir en todo cuanto concierne al primer ser de la creación y de todo cuanto expliquemos a propósito de M en el presente discurso.

Capítulo séptimo

(Sobre la bondad suprema del aire libre)

Luego de haber seguido con todo detenimiento cuanto os hemos referido acerca de M, os ruego que consideréis con atención el siguiente ejemplo: He aquí un hornillo *(hipocaustum)* cerrado y obstruido, en el que la viciosa combustión os produce un olor desagradable. En realidad el mal olor no nace del hornillo, sino de vosotros mismos y todos los que se acerquen notarán igualmente vuestro olor.

---

1 Es muy difícil precisar a qué quiere referirse Paracelso con esta letra-símbolo. Los latinos opinan que representa el "Mercurio Filosófico", que fue uno de los grandes medicamentos de la trilogía paracelsiana. Los astrólogos creen que representa el hieroglifo maternal, la llave de la Cábala ola inicial de "María", primer ser de la creación. La versión francesa de Grillot de Givryr, acorde en cierto modo con este último concepto, lo considera como expresión del agua primordial o menstruación original del Mundo. Otros creen que esta misteriosa "M"no es otra cosa que la inicial de la "Mumia", o sea el gran principio de conservación y perduración del Universo.

De semejante manera se comprende que podáis, en un recinto determinado, provocar enfermedades o curaciones en todos los que lo habiten, pues si el aire no proviene de vosotros, el olor en cambio sí. Más aún: cuando hablamos de la Entidad Astral, nos referimos precisamente al aire.

Vosotros creéis que el aire nace del movimiento de los astros, lo cual es falso, pues ocurre que confundís el aire con el viento y la atmósfera con el soplo, lo que, por otra parte, explica perfectamente la meteorología.

El aire proviene *(defluit)* del bien soberano y ha existido anteriormente a todas las criaturas: sólo después ha sido creado lo restante. El mismo firmamento vive del aire y se conserva en el aire como los demás seres y no resulta un producto de aquél, sino al revés. Puede decirse que si todos los firmamentos se parasen, el aire seguiría existiendo, pues sólo por falta de aire podría perecer el Mundo y el firmamento entero, incluido por supuesto el hombre y todos los elementos.

Venimos a concluir de esta manera con que la universalidad de las cosas se sostiene en el aire y por el aire.

Este es el que llamamos "principio" M; principio incorruptible e inalterable, refractario a todo veneno. Los venenos están en el hombre y sólo pasan al aire extrasustancialmente, lo

mismo que en la comparación del hornillo, que huele porque quema mal su combustible. En definitiva, lo que M corrompe *(inquinat)* existe en el cuerpo y sale precisamente de él.

Capítulo octavo

(De cómo la Entidad Astral sirve de vehículo a los contagios de las enfermedades)

La Entidad de los astros se comprende de la siguiente manera: todos los astros, lo mismo que los hombres, poseen una serie de propiedades y de naturalezas y encierran en sí mismos la posibilidad de hacerse mejores, peores, más dulces, más ácidos o más amargos. Cuando persisten en estado de equilibrio no emanan ninguna clase de maldad o perjuicio, pero cuando caen en depravación se transforman inmediatamente, dando curso a sus propiedades malignas.

Recordemos que la Entidad Astral rodea verdaderamente *(ambire)* el orden universal, del mismo modo que la cáscara circunscribe el huevo. El aire penetra primero a través de la cáscara, calando luego hasta el centro del Mundo. Debéis considerar pues, nuevamente, que ciertos astros son venenosos y que emponzoñan el aire por contagio, a lo que sigue que los mismos males aparecerán y se propagarán hasta el último lugar que haya alcanzado el aire libre venenoso, es decir, el maleficio del astro. Sin embargo, ese poder maléfico no alcanza a la totalidad del aire del Mundo sino solamente a una parte, mayor o menor según la importancia de su fuerza.

Lo mismo ocurre con las influencias favorables.

Resumiremos pues diciendo que la naturaleza de la Entidad Astral *(Ens Astrale)* se compone del olor, de la respiración o vapor, y del sudor de las estrellas mezclado con el aire. De ahí proviene el frío, el calor, la sequedad y las demás propiedades de este tipo. Deduciéndose de este modo que los astros no pueden ejercer influencia alguna por sí mismos *(nihil inclinare)*, si bien su emanación *(halitus)* pueda contaminar a M y de esta manera, por su intermedio, alcanzar a afligimos o envenenamos. Nuestros cuerpos pues, pueden disponerse al bien o al mal según el comportamiento que nos ofrezca la Entidad Astral. Cuando el temperamento del hombre, según su sangre natural, sea opuesto *(adversatur)* al hálito astral, sobrevendrá la enfermedad, no sufriendo inconveniente alguno en caso contrario, o bien cuando posea un temperamento fuerte y noble, cuya sangre generosa le basta para protegerse y vencer de todo maleficio o cuando, finalmente, haya tomado una medicina que lo capacite para resistir los vapores venenosos de los seres superiores.
De lo que se concluye que todas las cosas de la creación son contrarias al hombre y viceversa.

Capítulo noveno

(De la influencia astral de los venenos)

Después de las observaciones que acabamos de hacer a propósito de M, vamos a demostrar por medio de un ejemplo de qué manera pueden perjudicar a nuestro cuerpo las exhalaciones de los planetas.

He aquí un lago lleno de peces a causa del benéfico influjo *(probum)* de su M: si a consecuencia de un frío excesivo y persistente se hiela este lago, los peces morirán. Y ello porque M, dada la naturaleza del agua, se habrá enfriado también demasiado. El frío en este caso no proviene de M, sino de la naturaleza del astro que reacciona así. Si, por el contrario, las aguas se calientan excesivamente por el calor del Sol, los peces pueden morir igual, aunque en este caso por un mecanismo opuesto.

Estos dos hechos emanan sencillamente de las propiedades de ciertos astros. Otros a su

vez pueden amargar, dulcificar, agriar, arsenificar e impregnar a M de una infinidad de calidades y gustos, entendiendo que toda alteración importante produce o puede producir trastornos en el cuerpo.

Juzgad de todo lo explicado que si el astro puede llegar a corromper a M, con mayor razón seremos presa nosotros de las enfermedades y aun de la muerte, si ello está en la naturaleza del influjo astral. En adelante y según lo que acabamos de exponer, ningún médico se asombrará de encontrar escondidos en los astros muchos más venenos que los que conocemos en la tierra.

Sepa pues todo médico y téngalo presente por absolutamente cierto, que ninguna enfermedad se manifestará en parte alguna sin la presencia evidente de algún veneno, siendo el veneno el principio y origen de todas las enfermedades sin excepción, sean externas o internas.

Al Arsénico corresponden así más de cien enfermedades distintas, por más que todas provengan del único Arsénico del Universo. Del mismo modo debemos contar con las que provienen de la Sal, del Mercurio, del Azufre y del Realgar. (2)

Os indicamos todas estas cosas a fin de que sepáis y comprendáis que no es posible alcanzar habilidad alguna sobre las enfermedades sin un perfecto conocimiento de los orígenes o del origen, ya que una sola puede ser la causa del mal. Cuando hayáis percibido bien esto, os será fácil ir conociendo todas las causas, a propósito de lo cual la observación diaria y la práctica os serán de gran utilidad.

---

2 Miguel Toxites, en *Onomasticon Paracelsi*, dice “Realgar est fumus míneraliun, quidquid arsenicale est, aut operimenti naturat habeL” Este término expresa en general el humo de los minerales y se lo refiere a la naturaleza corrompida *(vitiosa)* del cuerpo humano, productora de las úlceras y llagas. Según el elemento de que se trate, se dirá Realgar de la tierra del agua o del fuego.

Gerardo Dom en su *Dictionarium Paracelsi*, define las clases de Realgar: “El Realgar del agua es la espuma *(spuma)* que sobrenada en su superficie; el de la tierra es el Arsénico, y el del fuego, la conjunción de Saturno, aparte de lo cual existe un Realgar del aire que se llama Maná.”

La ciencia moderna ha conservado el nombre de Realgar para designar al sulfuro rojo de arsénico o arsénico sulfurado (AsS).

Capítulo décimo

(De la contaminación del agua por el arsénico de los astros)

A fin de que el conocimiento que alcancéis sobre estas cosas sea más profundo, será conveniente que os diga que nosotros no creemos que el verano o el invierno solos sean perjudiciales (*camnosae)* para los cuerpos; el perjuicio y el daño vienen de los planetas o estrellas, cuyos efluvios, diariamente producidos y acumulados, llegan a penetrar en M, atemperándolo según sus naturalezas respectivas.

Por dicha acción M se impregna de Sal, de Arsénico, de Mercurio o de Azufre y con ello nuestros cuerpos alcanzan la enfermedad o la salud, salvo los casos en que el efluvio o poder de penetración astral se pierde, como ocurre a veces cuando los astros se encuentran a demasiada distancia.

La siguiente observación confirma lo que venimos diciendo:

Cuando la exaltación de las estrellas arsenicales alcanza el centro de la tierra o del agua, la tierra o el agua resultan contaminadas por la potencia arsenical. Cuando el agua se infecta de esta manera, los peces que viven en ella emigran a otras aguas y se ponen a salvo nadando desde la profundidad a la superficie, en busca de aguas dulces o de zonas no contaminadas.

Esa es la razón que los hace aparecer a veces en masas compactas y número prodigioso, en las inmediaciones de las costas.
Cuando en un lugar cualquiera se congrega una cantidad de peces como no se ha visto en varios años, seguramente vamos a ver aparecer una epidemia, pues al arsénico que ha impregnado desde mucho antes a los peces, acabará envenenando a los hombres, debiéndose a la constitución más fuerte y resistente de estos últimos el que tarden más que los peces en enfermarse.

Otro tanto puede decirse a propósito de las demás especies de venenos emitidos por los astros, que, luego de alterar a M, no solamente debilitan a los hombres y a los peces sino que envenenan los frutos de los campos y a todos los seres vivos de la tierra.

Capítulo undécimo

(Afinidad de los venenos con sus correspondientes entidades)

Adaptando al cuerpo humano el ejemplo que acabamos de referir, vemos que podemos comparar el tronco a un lago yios miembros a otros tantos peces. Cuando la vida que existe en todo nuestro ser se corrompe por la influencia del veneno emanado de los astros, la mayor debilidad aparece en las piernas por ser precisamente allí donde se acumula la mayor cantidad del veneno. Todas las demás Entidades astrales poseen a su vez su veneno correspondiente y así, unas visitan solamente la sangre, como la "realgárica"; otras los huesos y las articulaciones, como las derivadas de la Sal; otras sólo la cabeza, como las mercuriales; éstas engendran tumefacciones e hidropesías, como las auripigmentadas y aquéllas producen la fiebre, como los amargos. (3)

---

3 Paracelso llamaba "Realgar" (véase nota anterior) a la espuma que representaba la *infección* aflorando a la piel, bajo forma de sarpullidos, aczemas, llagas, úlceras, erupciones y urticarias. Su atribución, expresiva a las enfermedades de la sangre, es perfectamente lógica. Asignar el Mercurio a la cabeza se comprende también, no solamente por las cefaleas y estomatitis que provoca, sino por los espectaculares resultados que procura en las úlceras gomosas sifilíticas de la cara y la nariz, tan frecuentes en aquellos tiempos.
La Sal correspondería a los huesos, por natural conjunción telúrica o afinidad geológica.
La ictericia —que era indudablemente la enfermedad "auripigmentada"— encaja perfectamente en el cuadro de la cirrosis (ascitis, hepatomegalia e ictericia, correspondiendo a hidropesía, tumefacción y piel teñida de amarillo, o "auripigmentada"). Atribuir la fiebre a los amargos es simplemente invertir los términos de causa a síntoma, pues es clásico de la fiebre el mal gusto de la boca la lengua saburral y el sabor amargo, que es lo que impresionaba más al espíritu deductivo y al fino observador que fue sin duda Paracelso.

A fin de que asimiléis mejor todo esto, vamos a simplificaros las cosas con toda prodigalidad e incluso cuanto concierne a la naturaleza de la propia Entidad Astral. De esta manera echaréis de ver cómo algunas de estas cosas penetran profundamente en nuestro cuerpo, afectando el mismo licor vital y produciendo las enfermedades clínicas, en tanto que otras, que determinan las heridas, ponen en actividad a la potencia ex-pulsadora (supuración). Toda la teoría se halla universalmente en estas dos cosas.

El saber, aparte de esto, a qué estrella corresponde cada veneno es cosa más propia de la Astronomía que de la Medicina.

De cualquier manera no olvidéis que los venenos que engendran la hidropesía, por

ejemplo, son quíntuples, reunidos en un solo género, pero difiriendo en cinco naturalezas. Una de ellas proveniente de los astros y de las otras cuatro Entidades las demás, todas las cuales dan lugar a una sola hidropesía. Lo que se repite del mismo modo para los cinco azufres y para todas las demás cosas dentro de este mismo orden.

Conocer la Entidad a la que corresponde una hidropesía determinada o bien saber cuáles son los mejores remedios de que podremos disponer para su curación, son cosas que encontraréis referidas más adelante en el libro correspondiente a la terapéutica general de las enfermedades.

Llegados a este punto vamos a terminar el estudio de la Entidad Astral añadiendo lo siguiente: pretender curar las enfermedades astrales mientras se mantenga dominante en el firmamento la estrella específica del morbo, es tarea yana, trabajo inútil y tiempo perdido, pues el poder del astro es siempre superior al poder del médico.

De ello deduciréis como enseñanza y prudencia elemental, según conviene a médicos de conciencia, observar con todo detenimiento el tiempo en que vayáis a operar o a emprender cualquier tratamiento, pues por más grande que sea vuestro esfuerzo, no lograréis nada antes o después del tiempo verdaderamente propicio para tal fin.

SEGUNDO LIBRO PAGANO *(Pago yum)*
ACERCA DE LAS ENTIDADES MORBOSAS

TRATADO DE LA ENTIDAD DEL VENENO
(De Ente Veneni)

Capítulo primero

(Cómo y cuándo deben ser considerados venenosos los alimentos)

Terminada nuestra disertación sobre la Entidad Astral, vamos a ocuparnos, siguiendo un orden lógico, de la Entidad del Veneno (*Ens Veneni),* segunda causa de los trastornos aflictivos de nuestro cuerpo.

Recordaremos primero, una vez más, que el organismo puede ser dañado *(violan)* por cinco Entidades, a las que queda sometido *(induci)* para todo padecimiento *(ut patiantur).*

En este discurso vamos a ocuparnos de la Entidad del Veneno.

Es sabido que todos los cuerpos necesitan vivir, para lo cual utilizan determinados vehículos que los nutren y conservan, resultando imposible la vida allí donde faltan tales medios. E igualmente hay que recordar que el mismo que ha formado nuestros cuerpos ha creado los alimentos, si bien su obra no haya sido tan perfecta en este punto.

Hay una cosa cierta: y es que nuestro cuerpo nos ha sido dado exento de venenos, los que se encuentran precisamente en los alimentos que ingerimos. Quiere decir que el cuerpo ha sido creado perfecto y que las imperfecciones, o sea los venenos, están en los frutos y en los otros animales que nos sirven de sustento, si bien ellos, para sí mismos, tampoco contengan imperfección, como corresponde a obras del Creador igualmente perfectas.

De esta manera, sólo cuando una cosa es tomada del exterior en calidad de alimento adquiere la propiedad del veneno, de la que carece en sí y para sí misma.

Capítulo segundo

(De donde resulta la perfección de las criaturas de la naturaleza)

Vamos a detenernos aún en estas consideraciones: Quiero deciros que no existe cosa alguna que no sea perfecta dentro de su propio ser ni para su propia razón de existencia y que sólo cuando la destinamos a usos diferentes puede hacerse mala, aunque no necesariamente.

Ved un ejemplo: el buey alimentándose de malas hierbas recibe al mismo tiempo salud y veneno, en tanto que la savia y los jugos de la hierba no son venenos para ella, lo que igualmente ocurre en el hombre con todo cuanto come o bebe. Comprended bien pues estas dos situaciones o circunstancias: una, la naturaleza intrínseca del hombre, y otra la absorción *(assumtio)* de lo exterior a él.

Diremos en otras palabras, para conseguir mayor claridad o comprensión, que el hombre es la “gran naturaleza” *(magna natura)* y que lo demás es el veneno añadido, mezclado o injertado en la naturaleza.

El fundamento de nuestra segunda Entidad, o Entidad del Veneno, radica en el hecho de la perfección de todas las cosas de la naturaleza en cuanto se manifiestan en sí mismas como obra de Dios. Y en su imperfección en cuanto se salen, al mezclarse unas con otras, de su propia naturaleza.

Tampoco ha creado Dios, Alquimista alguno entre los hombres o las demás criaturas de modo absoluto, pero sí si nos referimos al uso imperfecto que podamos dar a nuestros conocimientos, por lo cual nos ha permitido separar y discernir el veneno de apariencia inofensiva o saludable que pueda haber en determinados alimentos, a fin de que no los comamos.

Fijad pues bien vuestra atención en todo cuanto vamos a deciros a propósito de este Alquimista.

Capítulo tercero

(Sobre la sabiduría divina de los médicos alquimistas)

Dado que toda cosa, por más que sea perfecta en sí misma, puede transformarse en venenosa o bien persistir en su carácter saludable y benéfico bajo la influencia de las demás de su ambiente tenemos que convenir en que Dios ha creado y permitido la existencia de un Alquimista con tal habilidad que pueda llegar a discernir perfectamente el veneno *contenido en las cosas extrañas* del alimento adecuado para el cuerpo.

Un ejemplo os hará más fácil esta comprensión: Considerad un Príncipe o Señor cuya naturaleza fuera perfecta según cuadra y conviene en tales personajes; ese Príncipe no puede serlo y manifestarse como tal sin una corte de servidores y vasallos que le rindan pleitesía, pues aunque tal cosa pueda ser un veneno o un perjuicio, resulta indudablemente al mismo tiempo una necesidad.

Con lo que os he dicho del Alquimista de la Naturaleza, podéis tener por cierto que Dios mismo le ha conferido la ciencia que necesita, exactamente como a un Príncipe. Y lo mismo que él, sabrá separar el veneno que haya en sus servidores, tomando de ellos solamente el bien que le proporcionan. Si este ejemplo no os satisficiera podéis encontrar la base de esta enseñanza en la doctrina del “Sapiente”, donde está perfectamente explicada.

He aquí su contenido: el hombre tiene necesidad de comer y de deber porque su cuerpo, que es el verdadero albergue de su vida *(hospitium jus vitae)*, necesita absolutamente bebidas y alimentos. De donde resulta fatalmente que el hombre se ve compelido a absorber el veneno, las enfermedades y la misma muerte de esta manera.

Claro es que de acuerdo con esto podríamos pensar que el Creador ha dado la vida y el sustento para esclavizarnos, pero la realidad es que las criaturas conservan siempre su libre albedrío y que Dios ha dejado a cada una librada a su propia capacidad de perfección. Por eso, si ciertas cosas resultan un veneno para otras, no por ello debemos acusar ni reprochar nada al Creador.

Capítulo cuarto

(En donde se descubre que un alimento y un veneno pueden ser la misma cosa)

Ved ahora cómo podéis seguir mejor la obra del Señor: Si todas las cosas son perfectas en sí mismas y están compuestas por orden del Creador de tal manera que una realiza la conservación de la otra, como por ejemplo la hierba que alimenta a la vaca y la vaca que alimenta al hombre...; si por ello la perfección de una cosa puede ser un bien o un mal para otra cosa que lo consume, haciéndose por semejante causa imperfecta, hay que reconocer que el Creador lo ha permitido así para conseguir que lo creado de esta manera resulte más rico y abundante *(ubenior)* que la creación misma.

Esa es la razón por la que ha creado las cosas de tal suerte que en todo lo que sea necesario a otra cosa se esconda *(lateat)* una virtud, arte o eficacia, capaz de separar el veneno de lo que no lo es, y que el equilibrio entre la salud del cuerpo y la necesidad de alimentos se mantenga mutuamente.

Ejemplo: El pavo real devora las serpientes, los lagartos y las arañas, animales que aunque sanos, perfectos y salubres para ellos mismos, no lo son para los demás animales, excepción hecha del pavo real. La razón de este fenómeno estriba en que el Alquimista del pavo real es más particular y sutil que el de ningún otro animal, ya que puede separar exquisitamente lo que es venenoso de lo que no lo es y conseguir que ese alimento sea perfectamente apto para él, es decir, para el pavo real.

Sobre esto debo deciros que cada animal tiene asignado un alimento especial y un Alquimista propio que se lo prepara. El Alquimista del avestruz, por ejemplo, tiene el poder de separar el hierro, es decir, el excremento, del alimento, habilidad que le es peculiar y exclusiva. El de la salamandra permite que dicho animal pueda alimentarse del propio cuerpo del fuego. El del cerdo ha hecho posible que el excremento le sirva de alimento a la vez que de veneno, razón por la cual el Alquimista de la Naturaleza ha excluido a este animal del cuerpo del hombre, demostrando así que el Alquimista del cerdo es mucho más sutil que el Alquimista del hombre.

Esa es la razón por la que vemos cómo el excremento del cerdo no sirve de alimento para animal alguno, lo que indica que ningún Alquimista es capaz de hacer lo que hace el Alquimista del cerdo, cuya habilidad en separar y seleccionar los alimentos es superior a todo lo que pueda imaginarse.

Y así en muchos otros casos en cuyo detalle no nos detenemos en gracia a la brevedad de nuestro discurso.

Capítulo quinto

(Plan de estudio para la Entidad de los Venenos)

Además de cuanto os he dicho ya a propósito del Alquimista, debo informaros que el mismo ha sido creado por Dios para que separe de los alimentos necesarios para nuestro sustento todo lo que es bueno de lo que no lo es. Todo esto no debe hacernos olvidar sin embargo que las cosas que pueden dañar al hombre y a las cuales está sometido, son cinco.

Ya nos hemos ocupado de la Entidad Astral, cuya influencia directa sobre nosotros es

nula, según hemos podido ver. Con la Entidad de los Venenos la cuestión cambia fundamentalmente y el hombre dará buena muestra de prudencia aprendiendo a temerla y a defenderse contra ella, pues la verdad es que en este punto se halla desprovisto de toda protección o defensa y en permanente estado de contaminación.

Lo primero que debemos determinar es la razón por la cual nos es perjudicial el veneno. A continuación tendremos en cuenta la existencia del Alquimista que Dios ha colocado en nosotros para separar lo bueno y lo malo de nuestros alimentos y evitarnos así todo perjuicio. Deteniéndonos en esta disquisición, será conveniente que nos ocupemos de El con toda atención, que averigüemos su razón de ser y su modo de existir. Y en fin, que investiguemos porqué todas las enfermedades humanas provienen igualmente de la Entidad del Veneno y de las otras entidades, entendiendo que para mayor claridad, suprimiremos de nuestro discurso todo aquello que pueda procurar salud, beneficio o comodidad.

Capítulo sexto

(Alegato contra los que se especializan precozmente)

Ahora os diré que cuando los Astrónomos se refieren a las enfermedades y afirman la existencia de un cuerpo feliz *(fontunatum)* y salutífero en nuestro organismo, divagan y fantasean por demás. Ello no es posible por la sencilla razón de que las otras cuatro Entidades tienen la propiedad de poder dañar nuestro cuerpo, propiedad que en cambio no poseen los astros. Por eso nos mueven a risa los libros de esos autores cuando prometen la salud con tanta liberalidad, sin tener en cuenta para nada a las Cuatro Entidades restantes, cada una de las cuales tiene tanto poder como la Entidad Astral y por eso rechazamos firmemente esta doctrina.

Podemos divertirnos entretanto un poco a costa de tales médicos: ¿cómo se comprendería un gato sin ratones o un príncipe sin bufón? En verdad os digo que tampoco el Fisiomántico conseguirá con sus historias merecer nuestra seriedad. Pues es notorio que cuando promete la salud no piensa en las otras cuatro Entidades.., sencillamente porque las ignora, lo que le permite hacer augurios basado en la sola Entidad Natural, mientras guarda un celoso silencio sobre lo demás.

Corresponde, por el contrario, al hombre verdaderamente instruido preveer y predecir las cosas que dependen del curso de los acontecimientos *(ex cursu),* pues en verdad existen cinco especies de movimientos o cursos contra una especie de hombres solamente, por lo que aquél que omite un movimiento y sigue su camino por los otros es un falso Profeta.

Dividir y hablar de acuerdo a esta división, especializándose según lo que cada uno haya aprendido, es para estos médicos incompletos e imperfectos perfectamente lícito. Así el Entista (1) Quiromántico, basa sus principios y juicios en el estudio del espíritu, el Fisionómico lo hace según la naturaleza del hombre, el Teólogo lo considera según el impulso de Dios *(ex cursu Dei)* y el Astrónomo por los efluvios de los astros. Sin embargo yo os digo que cada uno considerado aisladamente es un farsante y que sólo resultan verdaderos y justos cuando se reúnen en uno solo.

Hemos querido poneros sobre aviso acerca de todo esto para evitaros esa cómica ignorancia que resulta de conocer las cinco Entidades a través de una sola.

---

1 Entistas: los versados en una sola Entidad. Quiere referirse con esto a lo que ahora llamaríamos Especialistas.

Capítulo séptimo

(Sobre la naturaleza y función del Alquimista)

Sabed que Dios al formar las sustancias de cada criatura las ha provisto de todo cuanto hubieran menester *(et quoe ad hauc requiruntur),* no para que usen de ello sin discernimiento, sino para que puedan subvenir debidamente a sus necesidades:
todas esas cosas están unidas al veneno y el conocimiento de lo que acabamos de expresar os será de gran utilidad para el estudio del Alquimista, quien, desde el fondo de cada criatura y valido de sus artes químicas, separa los venenos de las demás sustancias no venenosas que forman su materia.

El Alquimista, pues, se ocupa de separar lo malo de lo bueno, que transforma en tintura para así distinguirlo mejor. De ese modo tiñe el cuerpo dotado de vida y ordena y dispone todo lo sometido a la naturaleza, a la que tiñe y transforma en sangre y en carne.

El Alquimista habita en el ventrículo,[2] donde actúa a discreción *(in instrumento suo)* y lleva a cabo sus cocciones *(ubi coquit).*

Cuando el hombre come carne, ingiere en ella misma una parte nutritiva y saludable y otra parte venenosa. La confusión y el peligro está en que en el momento de comerlas, las dos partes parecen buenas y puras. Sin embargo, mientras bajo lo bueno se halla el veneno escondido, bajo lo malo no existe nunca nada bueno. Por eso, antes que la carne pase al vientre, el Alquimista se lanza sobre ella y lleva a cabo la separación. Lo que no ha de contribuir a la salud del cuerpo, lo deposita en lugares especiales en espera de poderlo devolver al exterior, en tanto que lo bueno queda encerrado justamente allí donde convenga y deba encontrarse. Tal es lo ordenado por Dios.

Con ello el cuerpo se preserva de la muerte a que podría conducirle la absorción del veneno, lo que el Alquimista previene sin la menor intervención de la persona misma. Por todo lo cual puede decirse que la virtud y el poder del Alquimista se encuentran en el hombre.

Capítulo octavo

(Mecanismo de producción de las enfermedades debidas a los venenos)

Comprended ahora que en cada cosa que el hombre toma para su sustento se encuentra constantemente el veneno escondido bajo la buena sustancia. La sustancia es, pues, el alimento que da vida, en tanto que el veneno la destruye y arrasa por medio de las enfermedades, siendo de ver que ambos principios se encuentran universalmente en todos los alimentos y en todos los animales sin excepción alguna.

---

2 El ventrículo se refiere genéricamente al epigastrio y en forma precisa al estómago, según la opinión de Paracelso y la de los anatómicos de la época, como Fernel, Teófilo y Rufo de Efeso.

Y ahora, médicos. escuchadme bien: Si en la disposición que hemos explicado (*hos pacto)* resulta que el cuerpo se mantiene de los alimento, a cuya servidumbre queda obligado, con ellos le llega también lo bueno y lo malo, cuyo trabajo de separación es delegado al Alquimista.

Cuando el Alquimista es demasiado débil *(infirmus)* y no puede llevar a cabo su sutil industria de separar el veneno de las sustancias sanas, se produce la putrefacción conjunta de todo ello, seguida de una especial digestión, cuyos signos exteriores son précisamente los que nos servirán para indicar e individualizar las enfermedades de los hombres. Las enfermedades engendradas por la Entidad del Veneno provienen en efecto de una digestión alterada por la putrefacción, cuyas combustiones son tan temperadas que el Alquimista no llega a percibirlas. En este punto, al interrumpirse la digestión normal con todos estos excesos *(excessus)*, el Alquimista queda inutilizado para llevar a cabo su trabajo *(in suo instrumento)*.

La putrefacción o corrupción es pues necesaria, constituyéndose así, una vez aparecida, en madre de todas las enfermedades.

Es conveniente, por lo tanto, médicos que me escucháis, que observéis y retengáis bien estas cosas en vuestro espíritu, desembarazándoos de vanas consideraciones.

La corrupción ensucia el cuerpo; más adelante comprenderéis con ejemplos vivos lo que es y todo lo que puede llegar a ser esta corrupción.

Ahora os diré sencillamente para terminar que, así como todas las ondas (¿de agua?) son claras, traslúcidas y aptas para teñirse de cualquier color, así el cuerpo puede adquirir todos los colores, es decir, todas las corrupciones. Y no hay ningún color que no provenga de algún determinado veneno, con lo que puede constituirse en el indicador preciso de su veneno correspondiente.

Capítulo noveno

(Sobre los métodos en que puede manifestarse la putrefacción)

Para vuestro mejor entendimiento, os diré ahora que la corrupción se realiza siempre por dios vías: la local y la de los emunctorios *(Localiter et Emunctorialiter)*. Corrupción local es la que se produce en el estómago a causa de una digestión perturbada, capaz de vencer o descomponer al Alquimista durante su trabajo de separación de las materias sanas, venenosas, con lo que en lugar del Alquimista, queda libre el veneno, o sea la putrefacción. La putrefacción corrompe entonces todo lo bueno, substituyéndolo por lo venenoso, más peligroso aún en este caso por cuanto conserva las apariencias de lo inocuo o de lo saludable. Cuando, por el contrario, llega el Alquimista a dominar la putrefacción, cada clase de veneno es rechazada y expulsada hacia el emunctorio natural que le corresponde: de esta manera el azufre blanco se elimina por las narices, el arsénico por los oídos y el excremento por el intestino ciego y así sucesivamente. Ahora bien cuando en esta situación, sea por debilidad de la naturaleza de los emunctorios o por la especial potencia putrescente del veneno, se retarda o se retiene la eliminación, pueden desarrollarse todas las enfermedades que dependen del mismo. Esto comporta desde luego una cierta aberración de la naturaleza y constituye el segundo mecanismo de corrupción: el de la corrupción de los emunctorios.

Dos causas se manifiestan pues, universalmente, en todas las enfermedades. Más adelante volveremos a ocuparnos de esto con mayor detenimiento.

Capítulo décimo

(Sobre las condiciones de la salud)

Habiendo expuesto en los capítulos anteriores todo lo concerniente a la Alquimia natural, a su existencia en todo animal y a la capacidad discriminadora química que se desarrolla en el ventrículo, vamos a referiros ahora la buena doctrina, con cuya aplicación podáis buscar y reconocer todas las demás enfermedades.

Para que el hombre se conserve sano se necesita por lo pronto un Alquimista hábil que pueda llevar a cabo perfectamente su obra separadora de buenos y malos principios; esa obra deberá realizarse además en unos instrumentos, reservorios y emunctonios, cómodos y eficientes, contando además con el favor de los astros y con la bienhechora disposición de las otras cuatro Entidades.

Todavía, y aunque todas las circunstancias previas citadas sean favorables, pueden ocurrir diversos accidentes que hieran, manchen, pudran u obstruyan los instrumentos, reservorios y emunctorios referidos.

El fuego, el agua y el aire son, por ejemplo, tan necesarios en sus diversas combinaciones como perjudiciales en estado de pureza, lo que ocurre igualmente con todos los accidentes externos de gran potencia que puedan romper o alterar los instrumentos y emunctonios, haciéndolos inaptos para las funciones que les están encomendadas. La presencia de estos elementos puede poner fuera de uso los delicados medios del Alquimista provocando su enfermedad o su muerte.

Capítulo undécimo

(Sobre la esencia del gran veneno de la digestión)

También la boca puede ser puerta de entrada para la corrupción, bien por medio del aire, de los alimentos, de las bebidas o de otras cosas semejantes.

El mecanismo por el que esto llega a producirse es sencillo, tanto más cuanto que en el aire se encuentran habitualmente grandes cantidades de veneno, al que estamos permanente-mente expuestos. En cuanto a los alimentos y bebidas, sena conveniente precisar que no sólo resulta dañina su calidad sino también su cantidad, la que puede igualmente discordar con la capacidad de los instrumentos del cuerpo, que puede llegar a lesionarse, con la consiguiente perturbación del Alquimista y de todas las funciones que realiza. El resultado de todo esto conduce a la corrupción y putrefacción de la digestión.

Cuando la corrupción ocupa el cuerpo del hombre, el ventrículo y todos los demás órganos aparecen revestidos *(induit)* por el veneno, el cual adquiere desde ese momento la categoría de “madre” de las enfermedades de ese cuerpo, pues debéis saber que sólo existe un veneno, y no varios, que tenga la categoría de madre de las enfermedades.

Cuando coméis carne, por ejemplo, o bien legumbres, purés, especias *(aromata)*... etc., y se declare la corrupción en el vientre, debéis saber que la causa de esa corrupción no está en cada uno de tales alimentos sino en todos, pues todos en ese caso responden a un solo veneno, ya provenga de las legumbres, de la carne, del puré o de las especias. Es decir: que basta con que un solo alimento esté alterado para que su corrupción invada por igual a todos los demás, originalmente saludables.

Saber cuál es y qué es ese veneno único, constituye uno de los más grandes misterios *(arcanos)*.

Por eso, si conocierais verdaderamente ese veneno, madre de enfermedades, sería lamentable que todavía se os siguiera llamando médicos, pues no habría entonces profesión más sencilla.

Con todo y aunque conocieseis el remedio que correspondería usar en cada caso, es más que probable que aun cometieseis numerosos errores.

Sean pues estos razonamientos el fundamento de la esencia de todas las seiscientas enfermedades.

Capítulo duodécimo

(Resumen de la doctrina fisiopatológica de la digestión)

Vamos a comunicaros aquí una breve enseñanza acerca de los venenos, a fin de precisaros lo que debe entenderse por veneno y en qué consiste su propia naturaleza.

Ya hemos indicado que en todos los alimentos existe un veneno. Y también que de los alimentos extraemos una cierta "Entidad de potencia", superior a nuestros propios cuerpos. Asimismo hemos explicado la naturaleza del Alquimista que hay en cada uno de nosotros, el que por medio de su industria, con los instrumentos y en los reservorios que le son propios, separa los venenos de los alimentos en beneficio del cuerpo, terminado lo cual deja a la esencia nutritiva incorporada en forma de tintura y de color, en tanto que el veneno es dirigido hacia los emunctorios para su expulsión fuera del organismo. Todas las cosas se administran en este mismo orden y el hombre luego, bajo esta "Entidad de potencia", se hace sano y fuerte.

Sin embargo, cuando dicha Entidad resulta debilitada o destruida a consecuencia de cualquier accidente hostil, vemos aparecer y desarrollarse lo que hemos llamado madre de las enfermedades, con referencia y aptitud para toda clase de venenos.

Ya sabéis cuales y cuantos emunctorios hay: estudiadlos ahora y llegaréis así al conocimiento de los venenos. Según esto, todo lo que se exuda sustancialmente por los poros de la piel proviene del mercurio, y del azufre blanco lo que se destila por las narices. A su vez las orejas rechazan el arsénico, los ojos el azufre, la vejiga de la orina la sal y el ano el azufre en estado de descomposición. Por ahora no adelantaremos otros conocimientos, por más que vuestra razón se acucie de curiosidad.

En el libro *De humana constructione* os daré los fundamentos de la filosofía que necesita conocer el médico; alli encontraréis ampliamente expuestos los remedios exigidos por las numerosas causas que provienen de la putrefacción y la forma y modos con que el veneno se oculta en los alimentos.

Capítulo decimotercero

(Conclusión sobre la Entidad de los Venenos)

Vamos a dar un ejemplo ahora para demostrar en pocas palabras cómo se encuentra el veneno en los alimentos y de qué manera se transforma en veneno la naturaleza de las cosas originariamente puras y perfectas que hay en los hombres o en los animales.

El buey con su apariencia *(ornatus)* se basta perfectamente a sí mismo: la piel defiende a su carne de todo accidente y sus emunctorios sirven perfectamente al trabajo de su Alquimista. Este animal ha sido creado con la forma que le es propia en atención a su actividad y a sus necesidades, que son en definitiva servir de sustento al hombre. De este modo resulta para el hombre un veneno a medias, ya que si hubiese sido creado efectivamente por el hombre mismo para su provecho, carecería de cuerpos, de pezuñas y de huesos, dado que ninguna de estas cosas constituye alimento ni reporta utilidad alguna. Veis pues que, en cuanto buey, dicho animal ha sido muy bien creado, pues nada le falta ni nada le resulta superfluo.

Cuando el hombre lo emplea como alimento, absorbe con él todo lo que le conviene y a la vez todo lo que le es contrario, por más que nada de ello sea contrario ni venenoso para el buey. Y como os hemos dicho repetidamente, se llega al momento en que la presencia y la acción del Alquimista se hace necesaria a fin de separar lo venenoso y rechazarlo hacia los emunctorios.

Tomando ahora así este ejemplo comprenderéis que sólo el que es Alquimista entre los

hombres puede cumplir con ellos lo que el Alquimista de la Naturaleza realiza en nuestros cuerpos.

Piense cada cual en esto y esfuércese en obrar como el Alquimista de la Naturaleza. El no contar al moco que destilan las narices entre los venenos, como hasta ahora se ha venido haciendo, es un gran error, pues se trata en verdad de uno de los venenos más malignos, del que nacen todas las enfermedades catarrales *(morbi destillationum),* según puede verse perfectamente en los cuadros clínicos de estas dolencias.

Con lo dicho consideramos haberos explicado suficientemente todo cuanto concierne a la Entidad del Veneno.

En definitiva debéis retener que el veneno proviene solamente de la perturbación de la digestión, que deja en nosotros esa parte venenosa que constantemente ingerimos pero que normalmente eliminamos. Y que todo veneno se engendra siempre en el mismo lugar, de donde, pasado algún tiempo, resultan las enfermedades o la muerte.

Finalmente, si en este estudio sobre la segunda Entidad no os hemos explicado la manera cómo los venenos de los alimentos producen las enfermedades, ha sido en beneficio de la claridad, de nuestra exposición. Más adelante, en el libro de los orígenes de las enfermedades, encontraréis de nuevo este paréntesis.

Entonces conoceréis en un solo estudio las enfermedades del arsénico, de la sal, del azufre y del mercurio, según la distribución de cada forma y especie.

Concluimos con estas palabras el estudio de esta Entidad, que ofrecemos a vuestro conocimiento como base de otros libros.

TERCER LIBRO PAGANO *(Pagoyum)*
ACERCA DE LAS ENTIDADES MORBOSAS

TRATADO DE LA ENTIDAD NATURAL
(De Ente Naturali)

Capítulo primero

(Concepto de la Naturaleza del hombre)

Como no me cabe la menor duda de que la idea que os habéis hecho de la Entidad Natural, según el juicio emanado de vuestros libros, es muy distinta de la nuestra, vamos a presentárosla con la categoría que le corresponde, muy superior a la que vosotros le dais, pues en realidad se trata de la tercera de las Entidades creadoras de todas las enfermedades, las cuales se manifiestan en cualquier caso cada vez que la Entidad Natural experimenta una mutación, como vamos a enseñaros en los Capítulos inmediatos.

En la definición que vamos a darle no usaremos los términos de vuestra lengua materna, tal como fuera dicho por Heinrichmann, a pesar de lo cual quisiera recordaros que nada de esto es demasiado nuevo y que, no obstante su simplicidad, gran parte de estos conocimientos estuvieron presentes en los viejos autores, injustamente olvidados hoy día.

He aquí pues la Entidad Natural.

Sabéis por la ciencia astronómica las influencias de las estrellas y de los planetas, del firmamento y de todos los astros, es decir, en una palabra, del genio del cielo, todo lo cual ha sido objeto de vuestro más detallado estudio y que va a serviros perfectamente de introducción al tema, ya que al igual que los elementos celestes, también el hombre tiene una constelación y un firmamento.

Esa doctrina por la cual llamáis al hombre “Microcosmos” tiene de exacto el nombre, pero no la interpretación, demasiado cargada, en efecto, de confusión y oscuridad, así pues será

necesario que os expliquemos claramente lo que es el Microcosmos.

Así como el cielo existe según sus atributos, por él y para él mismo, así el hombre aparece en su interior constelado de astros. Y al igual que el firmamento, que está en el cielo en su propio poder *(pro se),* libre de toda dependencia, el firmamento del hombre está en él libre también de toda obediencia, poderoso e independiente de las influencias de todas las criaturas.

De lo cual debéis concluir que hay en verdad dos clases de seres: una, el cielo y la tierra (Macrocosmos) y otra, el hombre (Microcosmos).

Capítulo segundo

(Esquema del hombre natural)

Al continuar esta exposición queremos manifestar que no ignoramos vuestros conocimientos sobre los movimientos del firmamento, que habéis estudiado hasta sus más pequeños detalles, así como los que poseéis sobre la tierra, los seres que la pueblan, los “elementos” y las “sustancias”.

Lo único que nos extraña es que no hayáis reconocido ese mismo Universo en el hombre, al considerar los admirables movimientos de los cuerpos de los planetas y de las estrellas, sus exaltaciones, conjunciones y oposiciones y todo lo que la abstrusa y profunda doctrina astronómica encierra, tanto más cuanto que nadie que ignore la astronomía puede llegar a alcanzar una verdadera sabiduría médica.

Bueno será por lo demás, que no olvidéis que la tierra produce sus frutos justamente para que el hombre viva y use y se alimente de ellos. Supongo que estaréis de acuerdo con esto; tanto en lo que se refiere a la naturaleza del hombre como a su propio cuerpo, del cual salen *(emergunt)* todos los alimentos que él mismo pueda necesitar. En otras palabras, os diré que los miembros son los alimentos del cuerpo, cuyo desarrollo sigue las mismas leyes que las que rigen el crecimiento de los frutos de la tierra. Y que, al igual de los frutos de la tierra destinados al cuerpo, los alimentos que el cuerpo produce van a parar a los miembros, también, al fin y al cabo, productos del hombre.

Os hemos dicho todo esto a fin de que comprendáis que los miembros del cuerpo no necesitan ningún alimento extraño (1) y que es el cuerpo el que se lo procura por propia elaboración.

Observad que el cuerpo se nutre exclusivamente a través de esos cuatro miembros y que todo lo demás son planetas que no necesitan alimentarse, al igual que el resto del firmamento. O sea que el cuerpo es doble: planetario y terrestre. Y que el hombre se compone de esas dos criaturas: el conjunto de cosas nutritivas y el conjunto de cosas que necesitan ser alimentadas.

---

1 Estos párrafos, un tanto extraí~os, tienen sin embargo una explicación: quieren decir que los alimentos elaborados en la tierra sufren en el seno del microcosmos (hombre), una nueva elaboración que los transforma en un alimento muy puro, que es el quilo o linfa concentrada, único alimento especial de los miembros. Con lo que el estómago realiza así una operación análoga a la que lleva a cabo la tierra con las semillas.

Capítulo tercero

(Sobre el elemento prolífico)

Recordad ahora que hay algo en nuestro organismo que no necesita de los alimentos

exteriores y que llamamos el firmamento del cuerpo, ya que de la misma manera que el cielo vive en su firmamento sin necesitar alimento alguno, así también el firmamento corporal se nutre por sí mismo *(se habet).*

El cuerpo, semejante en todo a la tierra, provee de alimentos a sus cuatro miembros, que no necesitan de ninguna otra cosa más, ya que sus cuatro espíritus se robustecen y nutren con el propio cuerpo.

Todavía hay algo más que se añade a lo anterior para protegerlo en cierto modo, de manera semejante a como ocurre en el firmamento. El que lleguemos sin embargo a encontrar o no la forma o la apariencia de esta cosa, no aumentará nuestra gloria. Escuchad pues cuanto os digo y tened por cierto que el hombre no tiene más remedio que aceptar un alimento exterior que su propio destino le proporciona, alimento destinado exclusivamente al cuerpo, en la misma comparación con que el humus lo está a la tierra.

Este fruto no es suyo, ni nace de él, ni se desarrolla por él y su única misión es robustecer la sustancia del cuerpo y hacerla prolífica, en Ígual finalidad y semejanza que el humus con la tierra de los campos. Ese fruto o alimento nutre al hombre como si fuera su propio humus, pues en verdad os digo que ni la vida, ni el intelecto, ni el espíritu, ni ninguna otra cosa de este género tienen su principio en la comida o la bebida y no pueden mejorarse o deteriorarse por ellas.

El alimento, pues, se comporta en relación al cuerpo, igual que el humus con el campo. Y así como el humus calienta y "engorda" misteriosamente a la tierra, así obra el alimento con el cuerpo, aunque sin ejercer acción alguna sobre las cosas que en el cuerpo existen.

Sírvaos esto de introducción para comprender los capítulos siguientes y para saber que nosotros colocamos al hombre en el firmamento de su cuerpo, en su propia tierra *(et suoe ipsius terrae)* y en todos sus elementos. Con lo que os dejamos dispuestos para aprovechar debidamente los siguientes capítulos.

Capítulo cuarto

(Sobre la influencia específica de los planetas)

Abordaremos ahora el estudio del firmamento teniendo en cuenta sus dos principios: la Creación y el Destino; en el intervalo de los cuales, desde el principio, encamado por la primera, hasta el fin, que representa el segundo, todo debe consumarse.

Notemos igualmente que los siete miembros del cuerpo, como si fueran otros tantos planetas, se bastan a sí mismos sin necesitar alimentos de ninguna clase. Seguido lo cual os proponemos que consideréis ahora este ejemplo: El planeta Júpiter es de tal naturaleza que no necesita de ningún abono para proveer al sustento de su cuerpo, ya que desde el momento mismo de su creación recibió suficientes provisiones, exactamente igual que ocurre con el hígado.

Por eso, cuando insistís en vuestras objeciones y habláis de la digestión del hígado, no podemos por menos de retorcemos de risa *(id nos in risum detorquebimus),* lo mismo que cuando oímos las líricas tonterías de algún poeta alemán hablando del color azulado de las montañas, en lugares completamente llanos.

En cuanto a la descripción del modo de realizar la cocción preferimos que sea el campesino quien os la haga, pues a él le corresponde por derecho propio, por ser el Alquimista del campo que con su trabajo abona y hace fructificar. Porque en tocante al cuerpo, ninguno de sus siete miembros requiere el menor abono.

Lo mismo que habéis comprendido lo precedente sobre Júpiter y el hígado, entended ahora que la Luna es el cerebro, el Sol el corazón, Saturno el bazo, Mercurio los pulmones, Venus los riñones.., etc., y que de manera semejante podréis juzgar el curso de los firmamentos inferiores.

Así pues, si deseáis diagnosticar una enfermedad y conocer su punto crítico *(si cognituri crisiu estis)* es necesario que sepáis ante todo cuál es el curso o movimiento natural que se está produciendo en el cuerpo, sin lo cual os digo verdaderamente que no podréis de ninguna manera tratar las crisis de las enfermedades naturales, pues, al igual que las crisis de las enfermedades que resultan de la Entidad Astral, están muy distanciadas entre sí.

Capítulo quinto

(Doctrina de la predestinación)

Vamos ahora a informaros acerca de la doctrina de la crisis. Cuando nace un niño, nace al mismo tiempo con él su firmamento y sus siete miembros, que al igual que los planetas, según os hemos dicho antes, se bastan a sí mismos. Teniendo en cuenta que cuando hablamos de firmamento nos referimos al firmamento “lleno”, es decir, ocupado, precisamente como el firmamento del niño.

El firmamento de cada niño, ya al nacer, tiene marcada su predestinación, que es el tiempo que la Entidad Natural debe seguir la ordenación de los planetas. Durante ese lapso de tiempo seguramente se cumple una creación, cuyo fin ocurre al mismo tiempo que la predestinación, pongamos por caso a los 30 años. La característica de esa creación es justamente presentir hasta qué punto y durante cuántos años debe la Entidad Natural ordenar el curso de la vida.

Os daré el siguiente ejemplo: cuando se pone en marcha un reloj de arena se puede saber exactamente cuánto tardará en pasar la arena del globo superior al inferior. Así la naturaleza obra igual con los seres de la creación y por lo tanto sabe perfectamente cuánto durará el curso de su Entidad, disponiendo el tiempo con más o menos amplitud según la distancia recorrida o por recorrer y adaptando los movimientos de los astros de manera que todas sus influencias se cumplan en el tiempo que va desde la creación a la predestinación.

Ved este otro ejemplo: suponed un niño que nace en este momento y cuya Entidad Natural le tiene dispuesta una predestinación de 10 horas. Ocurrirá que todos los planetas corporales cumplirán su curso en ese plazo, lo mismo que si ese niño hubiese vivido 10 años. Los centenarios no tienen un curso vital diferente que el niño que vive una hora o menos, pues ambos son de igual naturaleza y sólo se diferencian por la longitud o dimensión de su desarrollo.

Con esto hemos querido haceros notar y comprender lo que en la Entidad Natural es Creación y predestinación, siendo justamente esta última la que resulta rota o perturbada a menudo por las otras Entidades.

Capítulo sexto

(Más sobre la predestinación)

En el capítulo anterior hemos enseñado que el hombre y su firmamento se crean a la vez y duran el mismo tiempo. Ahora diremos que si bien uno y otro engendran e influyen mutuamente su curso vital y su predestinación, no pueden nada en cambio sobre su descendencia.

Por lo demás, hemos visto que el curso de la vida del hombre se prolonga siempre lo necesario para poder completar el ciclo de su predestinación o se acorta, en todos los casos en que les corresponde una Entidad Natural reducida.

Esa es la razón por la que las fases de la luna carecen de influencia sobre el cerebro, pues así como el cerebro se renueva *(innavatur)* varios cientos de miles de veces por el corazón, la Luna sólo recibe del Sol una sola y misma luz.

La crítica o explicación astronómica del final o crisis de la Entidad Natural es

completamente arbitraria. En efecto: todo lo que debilita el cuerpo a través de la Entidad Natural manifiesta la crisis según su propio movimiento y no según el firmamento del cielo. Considerada de esta manera la Entidad Natural, se comprende que no haya —por ejemplo— relación alguna entre Saturno y el bazo y viceversa.

Observad ahora el tiempo comprendido entre el instante de la creación y la predestinación de un ser humano cualquiera, con el firmamento de su cielo: ocurrirá que así como el instante creación-predestinación es el mismo, el cielo del nacimiento
—o sea el firmamento astrológico del ser— varía infinitamente a cada momento.

Lo indudable es que el padre no puede tener mas relación con el hijo que el hijo con el padre y que, abstracción hecha del temperamento y de la complexión, ningún niño puede recibir ninguna influencia exterior una vez que alcance y viva su propia vida.

Nadie pues recibe nada de nadie por afinidad ni influencia de la Entidad, pues si alguien conociese o llegase a conocer la predestinación del cielo, conocería también la de los hombres, lo cual sólo es atributo de Dios, único conocedor de la predestinación y de la crisis.

Para no olvidar esto considerad aquí conmigo las exaltaciones, conjunciones y oposiciones de cada caso, en relación a sus firmamentos respectivos y tened en cuenta que dichas relaciones son de naturaleza espiritual y no material, pues así como los astros realizan su curso, la sustancia permanece inanimada, ya que la rapidez del curso, o sean las mutaciones del firmamento corporal, no pueden concebirse en la naturaleza de la sustancia.

Sólo el espíritu y los planetas determinan los movimientos por los cuales se crece o se decrece. Por eso llamamos al planeta “Entidad durable” *(Ens ion gum)* y al hombre “Entidad breve” *(Ens breve).*

Capítulo séptimo

(Correlación de los planetas con las partes de la Entidad Natural)

El corazón es el Sol del cuerpo. Y así como el Sol influye por sí mismo sobre la tierra, así el corazón lo hace sobre el cuerpo. Por eso, aunque el Sol no se manifieste esplendorosamente, puede el cuerpo aparecer de este modo, debido justamente al corazón. De la misma manera resultan equivalentes la luna y el cerebro, aunque en este caso las semejanzas e influencias corresponden a la esfera espiritual y no a la sustancia, lo cual explica el gran número de accidentes que afligen al cerebro. El bazo realiza su movimiento de manera semejante a Saturno y cumple su curso tantas veces como el planeta va de su creación a su predestinación. A su vez la bilis corresponde a Marte, aunque no de manera absoluta sustancial. Vemos que todo el firmamento posee su modo y sustancia propia, en perfecta relación con el sujeto corporal al que aparece destinado.

De lo que resulta que la bilis es tan independiente *(se habet)* en su sustancia como Marte en su espíritu.

La naturaleza y la exaltación de Venus se encuentra en los riñones, en el grado y predestinación que corresponde al planeta o a las entrañas. Ahora bien, como que la operación que realiza Venus está conducida hacia los frutos de la tierra que deben engendrarse, resulta así que la potencia de los riñones se concentra en el fruto humano, con lo cual Venus no llegará nunca a consumir al cuerpo.

Es natural que los riñones realicen esta función y en verdad que ningún otro órgano podría cumplirla mejor. Así, cuando Venus, por ejemplo, recibe de la Gran Entidad la potencia de la concepción, los riñones sacan su fuerza del sentimiento *(sensus)* y de la voluntad del hombre.

Mercurio es el planeta correlativo de los pulmones. Uno y otros son muy poderosos en sus firmamentos respectivos, pero conservan entre sí una gran independencia.

Júpiter corresponde al hígado con gran semejanza y de la misma manera que nada puede subsistir en el cuerpo cuando falta el hígado, ninguna tempestad puede desencadenarse

tampoco en presencia de Júpiter. De esta manera resultan animados ambos del mismo movimiento, produciendo igual efecto y existiendo cada uno en su firmamento propio con pleno dominio y entidad.

Capítulo octavo

(Sobre la circulación de los espíritus corporales)

Todo cuanto acabamos de referir a la Entidad Natural, a propósito de cómo mora *(abeat)* en sus constelaciones, puede ser proyectado ahora sobre los astros del cuerpo *(de sidéribus corporum),* dicho lo cual descansaremos.

Entretanto y a los efectos de una inducción más perfecta, afirmaremos todavía algunos otros principios que no dejarán de ser útiles para nuestro Paréntesis y que desarrollaremos en los próximos capítulos.

Será preciso, sin embargo, que conozcáis esto: el movimiento de los espíritus de los astros corporales va desde su origen o principio de los miembros hasta la extremidad de dichos miembros, retomando luego a su origen, como una reflexión al centro de donde partió. He aquí un ejemplo: el corazón envía *(diffundit)* su espíritu por todo el cuerpo, exactamente como lo hace el Sol sobre la tierra y los demás astros; dicho espíritu (del corazón) sirve para el sustento del cuerpo, pero no para el de los otros siete miembros. Va del cerebro al corazón y de aquí a su centro, por vía del espíritu, sin franquear otros límites. El hígado hace circular su espíritu hacia la sangre sin mezclarlo en ninguna otra parte. El bazo dirige su corriente por los flancos *(latera)* y los intestinos. Los riñones fraguan su camino por los lomos, vías urinarias y partes vecinas. La vía de los pulmones se halla en el perímetro del pecho y en la garganta. Y la bilis toma su movimiento del ventrículo a los intestinos.

Dado pues que cada una de estas partes tiene un destino perfectamente establecido, no podréis ignorar que si cualquiera de e!las se extravía y penetra en las vías que no le corresponden
—por ejemplo cuando el bazo toma las vías de la bilis— necesariamente se producirán diversos trastornos, todo lo cual os explicaremos con mayor claridad y amplitud en el *Libro de los orígenes de las enfermedades.* (2) Por ahora basta con esto.

Hagamos el mismo razonamiento sobre las demás estrellas que, según las normas del firmamento, se encuentran en el cuerpo, lo que es igualmente verdadero para los astros del cuerpo y para los errores que pueden determinar por las reflexiones y rebotes de sus movimientos.

A modo de introducción diremos —y debéis comprenderlo así— que hay siete vidas, ninguna de las cuales puede identificarse exclusivamente con aquella en la que reside el alma o mentalidad *(anima seu mens),* que es la auténtica y verdadera vida *(genuina et vera).*

De todo lo dicho resulta que los otros miembros toman la vida de esas siete clases de vidas, cada una de las cuales lo hace a su vez de su planeta correspondiente, en el movimiento que le ha sido adjudicado.

---

2 Véase Paracelso, *Obras completas,* en esta misma colección.

Capítulo noveno

(Sobre la disposición de los cuatro elementos)

Al terminar el capítulo anterior dejábamos establecido cómo cada miembro asegura su nutrición y conservación por medio de siete vidas, bajo la protección de un Planeta particular en cada caso. Quiere ello decir que todo lo que toma su vida del —hígado por ejemplo— queda sometido al hígado, así como al corazón lo que se origina en dicha víscera y lo mismo sucesivamente para todas las demás.

Observad ahora los Elementos del cuerpo y notad que no ha de inmutarnos que nuestro estilo y doctrina sea diferente del preferido por vosotros y que trasuntan vuestros escritos.

Todos los elementos del cuerpo dominan en la Entidad Natural: así, ciertas enfermedades nacen efectivamente de las estrellas, tales otras provienen de las cualidades, éstas se originan en los humores, aquéllas resultan de las complexiones o temperamentos..., etcétera.

Sin embargo, a fin de que los comprendáis bien, vamos a examinar a fondo la naturaleza de los elementos del cuerpo.

El fuego se origina en el séptimo movimiento, ya que el movimiento que poseen los elementos expulsa de ellos el calor. El fuego de los Elementos es invisible en el cuerpo y no se revela más que a través de las heridas o contusiones *(ictus)*. En tales casos las chispas salen por las lesiones *(doctus patent)*, especialmente cuando se encuentran cerca de los ojos, pues es sabido que allí las chispas se disimulan muy difícilmente.

El fuego pues está escondido en el cuerpo y lo mismo que el del mundo en general, estamos incapacitados para poseerlo, a menos que lo hagamos surgir por la fuerza *(excutiatur)*. El agua a su vez inunda el cuerpo entero, venas, partes nerviosas, huesos, carne y miembros. Los miembros en particular están rodeados y sumergidos *(perfusum)* exactamente como los árboles en la tierra.

En cuanto al aire, su presencia en el cuerpo obedece a los vientos que crea el movimiento continuo de los miembros, cuyos vientos, al igual que los que surgen *(exoriuntur)* en el mundo, existen en número de cuatro. Finalmente, la tierra es aquello para lo cual han sido producidos los alimentos.

De esta manera encontramos los cuatro Elementos en el hombre, con las mismas predestinaciones que poseen en el mundo.

Sobre esto pensamos sin embargo que el Creador debió formar a la criatura libre inicialmente de los cuatro Elementos, por cuanto los mismos no se han originado *(oriuntur)* tampoco en los otros miembros. Lo cual está demostrado en los libros que tratan de la Primera Criatura *(de Creato Primo).*

Capítulo décimo

(Estudio de las cuatro complexiones)

Habiéndoos expuesto a propósito del movimiento de las estrellas, es decir, del firmamento mismo y de los Elementos, la forma como viven en el Cuerpo y como subsisten sustancialmente en sí mismas en su propia potencia, vamos a añadir todavía algunos conceptos a fin de completar nuestra doctrina.

Para que conozcáis fundamentalmente la Entidad Natural, repetiremos la enunciación de las cuatro complexiones. Existe una complexión colérica, otra sanguínea, otra melancólica y otra flemática, ninguna de las cuales existe por los astros ni por sus elementos, como insisten en afirmar algunas erróneas opiniones contemporáneas.

En cambio estamos dispuestos a cederos en un punto, y es aquel en que afirmáis que todas ellas (las complexiones) han sido dadas al cuerpo de todas y de cada una de las criaturas.

Es sabido que en el cuerpo encontramos los cuatro sabores de la tierra: el ácido, el amargo, el dulce y el salado. Y que, aun siendo perfectos en todos los sujetos, no pueden reconocerse *(pervestigabiles)* bien más que en el hombre.

La cólera saca su principio de la amargura, la cual es siempre caliente y seca como el fuego, por más que no aparezca en ningún caso afectada por él. La acidez produce melancolía, la que a su vez es siempre fría y seca, como la tierra, sin que ninguna de las dos tenga tampoco nada que ver con la tierra. La flema proviene de la dulzura, que, como el agua, es fría y húmeda, a pesar de lo cual resultan notorias las diferencias entre la flema y el agua. Finalmente, la sangre proviene de la sal; todo lo salado puede decirse que es sangre y todo ello resulta siempre caliente y húmedo.

De todo lo anterior podemos concluir que si la entidad de la Complexión del hombre ha dado un predominio a la sal, el hombre será sanguíneo; colérico si prevalece la amargura; melancólico cuando su influencia mayor corresponde a la acidez; o bien flemático, cuando la dulzura sea la nota temperamental dominante.

Las cuatro complexiones están pues en el cuerpo del hombre como en un jardín en que crecieran la amansas (3) el polipodio, el vitriolo y la sal de nitrato, todas las cuales pueden subsistir conjuntamente, aunque siempre bajo el mayor predominio de una de ellas.

Capítulo undécimo

(Sobre el humor y los colores del cuerpo)

A pesan de cuanto acabamos de referir a propósito de las complexiones, debéis saber que nada de lo que conviene a la esencia del hombre puede ser considerado como fijo o definitivo.

Así pues no es necesario que el sanguíneo sea alegre o el melancólico triste. Más aún; diremos que esto es falso. Y ello así, porque estamos persuadidos de que la alegría, la tristeza, la ciencia, etc., no son fruto de la naturaleza, razón por la cual llamamos a vuestras propiedades de la naturaleza, propiedades del espíritu.

Sólo los espíritus en efecto son capaces de engendrar tales propiedades, que provienen, no de la naturaleza, sino de ciertos seres incorpóreos que se encuentran encerrados en el cuerpo. Retened, pues, esto como si fuera un proverbio. Y no hagáis nunca uso para tales menesteres de nada que provenga de la naturaleza, ya que nada tampoco han divulgado los sabios sobre esto.

Entre todo lo que significa la Entidad Natural, debéis prestar la mayor atención al humor, pues él es el verdadero licor de la vida del cuerpo.

Sobre esto, sabed que existe un cierto humor que calienta y sostiene el cuerpo y que es la vida de los miembros. Este humor es por sí mismo una verdadera Entidad, que engendra los metales de la tierra y la bondad o la malicia en el hombre. Veremos cómo se explica esto.

El hombre ha sido dispuesto para que pueda tener mil virtudes y otras tantas malicias, lo cual no le proviene *(defluxit)* de los astros ni de las estrellas del firmamento, sino que le nace (*emersit)* precisamente del humor. Hagamos esto más evidente con un ejemplo.

El mundo posee en sus entrañas diversos metales, es decir, diversas virtudes mejores en unos sitios y peores en otros, lo cual se encuentra en el hombre de manera semejante. La razón es que el humor viene a ser la mina del bien de la naturaleza y que en el hombre los vicios resultan de que la naturaleza engendra en él muchos metales malos, no evaluándose ni correspondiendo las virtudes a las costumbres o al natural de los hombres, sino a sus colores y complexión *(ha bit us)*. De tal manera que todo aquel que tiene buenos colores lleva en él una buena mina y unos buenos metales, y una mala mina y unos malos metales si por el contrario está mal coloreado.

En cambio no podréis afirmar que el hombre sonrosado sea ya un sanguíneo por esta sola

razón, ni que deban ser coléricos todos los de tinte cerúleo o amarillento.

He aquí cómo deberéis juzgar: El que tenga el color sonrosado estará sometido a la influencia del Sol, ya que ese noble color corresponde a la rosa y al oro. Y de manera semejante para todos los demás colores.

Por eso hemos dicho antes que los colores atestiguan el humor y que de ello debéis serviros para vuestros juicios, pues en verdad son muchas las enfermedades sometidas a su influjo (del humor), superior a la potencia de cualquiera de las demás causas.

Apéndice

(Semiología general de la Entidad Natural)

A todo lo que acabamos de decir debéis agregar cuanto se refiere al movimiento del cuerpo, entendiendo que existen en él cuatro movimientos, que son: el Firmamento, los Elementos, las Complexiones y los Humores; a los que se asignan y de los que se originan todas las enfermedades. Según la Entidad Natural, todas las enfermedades están distribuidas en cuatro géneros: el género de las estrellas, de donde emanan las enfermedades crónicas; el de los elementos, que da las afecciones agudas; el de las Complexiones, de donde resultan las enfermedades naturales, y el de los Humores, de donde provienen las eruptivas *(ting.entes)* y las que provocan manchas. De esta manera debéis disponeros a considerar las enfermedades de la Entidad Natural.

En cuanto a los nombres por los que deban ser designados los diversos géneros y especies de dolencias, no vamos a ocuparnos de ellos ahora, dejándolos para el libro en que trataremos de los orígenes de las enfermedades.

Para terminar, os diremos que a pesar de que hayamos dedicado once capítulos a la Entidad Natural, no debéis olvidar que el cuerpo no llega a ser atacado por ella más que cuando las demás Entidades lo permiten.

En el ejercicio de vuestra práctica encontraréis los fundamentos más sólidos para el tratamiento de gran número de enfermedades. Tened por cierto que lo que faltare, podrá ser perfectamente interpretado por vuestra experiencia.